



Todas quieren matarme

silver kane

una aventura de **CLIVE**



CLIVE MURDOCK

ELISA

altavista



SILVER KANE

**TODAS
QUIEREN
MATARME**

Colección **SERVICIO SECRETO** n°
837

Aparece los **MIÉRCOLES**
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES –
CARACAS
MEXICO – RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 19.991 -1966

Impreso en España - Printed in Spain

Primera edición: Agosto 1966.

© SILVER KANE - 1966

sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL - 1966

sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA – 1966

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS

POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

966. — Cuatro hermanos de Dallas

En Colección SERVICIO SECRETO:

834. — Protagonista: Clive

En Colección SALVAJE TEXAS:

451. — La viuda de Satanás

En Colección KANSAS:

391. — Indigestión de cuerda

En Colección BUFALO:

624. — Los ojos del buitre

En Colección BRAVO OESTE:

375. — El implacable

En Colección PUNTO ROJO:

219. — Una sombra al anochecer

En Colección METRALLA:

49. — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

204. — O. A. S.

En Colección BRAVO OESTE:
288. — El camino del plomo

En Colección ARCHIVO SECRETO:
84. — Las zarpas de la noche

En Colección COLORADO:
461.— ¡Llegó la manada!

En Colección CALIFORNIA:
511.—Misión en sonora

CAPITULO PRIMERO

El hombre gordo se aproximó, mientras se abrochaba los botones de la americana que le venía demasiado justa y farfulló:

—¡Pobre chico!...

A continuación lanzó un salivazo al cadáver que por poco mueve el ataúd.

El tipo flaco y bilioso que venía detrás susurró con voz plañidera:

—Siempre te recordaremos, James. Tus chicos siempre tendrán para ti un sitio en sus corazones.

Luego, sin transición, hizo una mueca de asco y añadió con voz ronca:

—¡Siento que estés muerto porque así no puedo desearte que te mueras, perro!

Detrás aún venía otro tipo.

Este era alto, elegante, estirado, y tenía ese aspecto medio desdeñoso, medio aburrido, medio muerto de asco, de los abogados de fama.

Llevaba un ramo de flores en la mano derecha.

—Tú has sido único, James —susurró—. Mereces este último homenaje.

Depositó las flores sobre el cadáver. Pero ahora se vio que todas estaban manchadas y eran malolientes. Las había tenido depositadas en una letrina.

El hombre que estaba junto al ataúd gruñó:

—¡Basta!

—¿Por qué? —masculló el último que venía en la fila—. ¿Es que yo no puedo rendir a mi amado jefe mi último homenaje?

—¡Es que si seguís dejando cosas de esas en el ataúd, vamos a tener que llamar a los servicios municipales de recogida de basuras!

—¡Eso es! ¡Buena idea! ¿Por qué no se lo lleva como basura el

municipio de Nueva York? ¡Ese es una especie de "homenaje" que no se nos había ocurrido aún!

—Después de todo, ya está muerto. ¡Dejadlo en paz!

—¡Bah!

Todos volvieron entonces la cabeza.

La que acababa de entrar era una mujer.

Una mujer de narices.

Llevaba una ajustada falda, que modelaba perfectamente sus caderas redondas y amplias.

El tac-tac de sus tacones al avanzar hizo que se secaran las bocas de todos los fulanos que la estaban viendo.

Se detuvo ante el ataúd y musito:

—Pobre señor James...

Pero ella fue la única que lo dijo en serio. La única que no escupió, ni maldijo ni depositó sobre el ataúd flores que habían estado antes en una letrina.

El hombre elegante, el de las flores, masculló:

—No sé por qué le compadeces. Toda la vida te estuvo persiguiendo.

—Pero nunca consiguió nada. Por eso le compadezco precisamente.

—Tú eras su empleada de tapadillo.

—La única empleada honrada que tenía. Su secretaria. La que daba un matiz honorable a su despacho. Pero él, en realidad, ganaba su dinero con granujas como nosotros.

La chica dijo con voz plañidera:

—¡Quién lo hubiese sospechado!

—Pues, nena, para no sospecharlo hacía falta ser un poco tonta.

—A mí dejadme en paz.

—Sí, eso, dejemos en paz a Fanny —murmuró el gordo del salivazo—. A mí siempre me ha gustado ser respetuoso con las chicas, y nunca les pido nada. De modo que siéntate en aquel rinconcito, Fanny. Bueno... ¿y qué nos queda ahora?

—James quiso que su cadáver fuera quemado aquí.

—En la magnífica casa que tenía gracias a nuestro esfuerzo.

—¡Calla, Peter, que al fin y al cabo tú y él erais hermanastros! ¡Vuestra madre era la misma!

—Bueno, rectifico lo dicho. Es la costumbre.

Los cuatro hombres reunidos allí, cerca del ataúd, miraron en torno suyo silenciosamente.

Estaban en los sótanos de la magnífica casa que James Gavin, en vida, había tenido aguas arriba del Hudson.

Una casa situada lo bastante cerca de Nueva York para no renunciar a ninguno de los placeres de la gran ciudad. Y lo bastante lejana y tranquila para no tener que soportar ninguna de sus incomodidades.

Diecisiete habitaciones, cinco cuartos de baño, piscina en forma de corazón, dos canchas de tenis y un embarcadero para pasear en lancha por el río... y para huir por allí en caso muy necesario.

James Gavin había amado aquella casa. Incluso había instalado un horno crematorio en ella.

Un horno que más de una vez hizo desaparecer a algún enemigo por indiscreto. Y James había pedido en su testamento que lo incinerasen allí a él.

El Ayuntamiento de la ciudad había dado su licencia. Eso no tenía nada de extraño, puesto que algunos funcionarios del mismo estaban en la nómina secreta de Gavin. Uno de ellos se encontraba ahora allí para dar testimonio oficial del acto.

Pero el tipo no se enteraba de nada. Sólo miraba las piernas de Fanny, que se había sentado en un ángulo de la sala y, muy modosita, había hecho exactamente lo que el gordo le dijo.

—Bueno, vamos a proceder a la cremación — manifestó el del ramo de flores —. El horno está encendido y en su punto. Todos los que trabajamos para él nos hemos reunido aquí, como él tenía pedido en su testamento. Y ahora no hay que hacer más que esperar la sorpresa que nos prometió.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Sin duda la que se encontraba en el sobre cerrado que iba con el testamento. El notario lo abrirá y leerá después de que el cuerpo de James Gavin haya sido incinerado.

—Pues ya le falta poco para quemarse del todo — masculló el gordo.

Era verdad.

El cuerpo había sido sacado del coche incendiado de James Gavin, después de que éste se estrelló nada menos que contra una gasolinera. Estaba medio abrasado. De no ser por su ojo de cristal,

que se había conservado intacto, y la cicatriz de su mejilla derecha, que también se conservaba en parte sobre la piel rugosa, nadie hubiera podido reconocerlo.

El del salivazo resumió los pensamientos de todos cuantos dijo:

—Vamos, que es un cadáver que da asco. Al horno con él.

Ya iban a hacerlo cuando en aquel momento quedaron todos paralizados por el asombro.

Un segundo cadáver era traído a la sala.

Venía en un ataúd modesto, tapizado de negro, y lo transportaban a hombros cuatro fulanos.

Todos los que estaban allí lo miraron con la boca abierta.

—Pero ¿qué diablos es esto?

—¡Aquí no se incinera a nadie más que James Gavin! ¡Este es un sitio privado!

—Traemos licencia municipal — dijo uno de los fulanos.

—A verlo.

—Bueno, ¿para qué discutir? — gruñó el del ramo de flores —. Un cadáver quemado aquí, más o menos, ya no importa. ¡Adentro con el de James!

El mismo movió la carretilla de ruedas, sobre la que estaba depositado el ataúd, y lo llevó en silencio y con rapidez ante la boca del horno. Una vez lo tuvo así movió una palanquita, la camilla se alzó por el lado de la cabecera del ataúd y éste, como por una rampa, se deslizó suavemente al interior del horno.

De pronto alguien gritó:

—¡Nooooo!...

Todos se volvieron asombrados, con el pasmo más absoluto reflejado en sus rostros.

Porque la voz acababa de sonar dentro del segundo ataúd.

La tapa de éste se alzó de pronto.

Y un hombre alto, moreno, fuerte, al que más de uno de aquellos tipos conocía, se abalanzó como un rayo hacia la puerta del horno.

Pero ya era demasiado tarde.

El ataúd estaba dentro, entre las llamas.

El gordo del salivazo masculló:

—¡Es Clive Murdock!

—¿Y qué infiernos tiene que ver con esto el F B I?

—¡Salid! —gritó Clive—. ¡Salid, imbéciles, marchaos de una vez!

—¿Por qué?

—¡He dicho que os larguéis! ¡Ahora lo comprendo todo!

El tipo elegante del ramo de flores hizo un gesto de suspicacia.

—¡Nosotros lo comprendemos también! ¡Los diamantes que tenía ese cerdo de James Gavin están dentro del ataúd! Y el F B I quería recuperarlos, ¿no? ¡Pero son nuestros! ¡Vamos, muchachos, a por ellos! ¡Hay que evitar que se quemem!

Clive masculló:

—¡Hatajo de imbéciles!

Nadie le hizo caso.

Todos habían introducido sus manos ansiosas en el horno, aun a riesgo de quemarse, con el ansia de sacar el ataúd.

—¡Esa es la sorpresa que nos reservaba el cerdo de Gavin! — aulló el gordo—. ¡Siempre había dicho que los diamantes serían para nosotros! ¡Y seguro que en el sobre cerrado nos dirá que nosotros mismos los quemamos! ¡El muy hijo de...!

—¡Cuidado! ¡Sin faltar a mi madre!

Fanny también se había abalanzado hacia el horno.

También ella, muy modosita, tiraba como una leona para sacar el ataúd de allí.

De pronto alguien la tomó casi, en volandas, para llevársela de aquel lugar.

La chica se volvió, encontrándose con los ojos helados y las facciones impasibles de Clive Murdock.

—¡Ejem! ¡Para estar muerto aprieta usted demasiado!

—Tienes que salir de aquí.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque ahí dentro hay diamantes, y los diamantes me sientan estupendamente. Cuando una es feílla tiene que adornarse, chico.

Clive no esperó más.

Tomándola en sus brazos, a pesar de las pataletas de la muchacha, la sacó de allí a la fuerza.

—Eres la única persona medio honrada que hay aquí — susurró—. No es justo que tú también la palmes.

—Pero ¿qué dices?

Habían cerrado ya la gruesa puerta a su espalda. De pronto Clive Murdock gritó:

—¡A tierra!

Rodaron los dos por el suelo, en lo alto de las escaleras que llevaban del sótano a la superficie. En aquel momento una terrible explosión pareció sacudir el edificio entero.

Todo el sótano había estallado.

Los cuatro hombres, que tenían ya a medio sacar el ataúd, saltaron hechos pedazos.

Todo el horno se deshizo. Las paredes del sótano quedaron ennegrecidas, y el incendio no se propagó porque aquellas paredes, muy previsoriamente, estaban forradas de metal. James Gavin era uno de esos tipos que piensan en todo.

Fanny, cuando recuperó el aliento, hizo dos cosas: Cubrirse las piernas, pero no del todo, y murmurar:

—¿Qué ha ocurrido?

—Esa era la sorpresa que James Gavin tenía reservada a sus hombres. Hacerlos estallar.

—No entiendo...

—Había una carga muy potente en el fondo del ataúd, con una espoleta térmica. Ha funcionado al aumentar el calor de esa manera tan súbita. Supongo que la segunda parte del testamento diría que les dejaba a cada uno una corona de flores.

—¡Maldito cerdo!

—Yo he intentado salvarlos. Tenía mucho interés en que fueran sometidos a juicio para aclarar unas cuantas cosas. Pero he tenido que inventar el truco del ataúd porque, de lo contrario, el gorila que está de vigilancia entrada no me hubiera dejado pasar de ningún modo.

El gorila de la entrada aún debía estar arriba, en la parte exterior de la casa, pero eso ya no importaba a Clive. El lío estaba armado. Había que atenerse a las consecuencias.

—¿Por qué quiso James Gavin eliminar a todos los miembros de su banda?

—Porque, sin duda, ya tenía bastante para vivir tranquilo y no quiso repartir.

—¿Para vivir tranquilo? ¡Pero si ha muerto!

—Mira, nena, bájate mejor la faldita y ven conmigo.

Tiró de Fanny, para obligarla a salir del todo al gran jardín que rodeaba la casa. Apenas abrir la puerta les dio en la cara la

poderosa luz del sol. Vieron a los cuatro hombres que habían transportado hasta allí el ataúd de Clive, y que aguardaban ante un coche parado. Ahora ya no disimulaban. Se veía a la legua que eran policías.

Pero de pronto pareció como si sus cuerpos se borrasen en el aire.

El guardián de la puerta del sótano, el que Clive había querido esquivar con el truco del ataúd, corría hacia ellos. El suelo tembló a sus pies, mientras sonaban unos estampidos. El hombre hizo una pirueta casi cómica, como si quisiera dar la vuelta de campana en el aire, y de pronto cayó de bruces sobre la hierba con cinco botones rojos en la espalda.

Los cuatro policías dieron a la vez un salto para parapetarse tras el coche, pero sólo dos de ellos llegaron a tiempo.

Los otros fueron cazados por la metralleta que disparaba desde el tejado de la mansión. Recibieron plomo a la altura del vientre.

Clive murmuró:

—Siento dejarte, muñeca.

—Pero ¿qué ocurre?

—Ese cerdo, para tener un ojo de cristal, tira con bastante puntería.

Avanzó pegado a la pared, mientras miraba la difusa silueta encaramada en lo alto de la torre, Clive tenía el sol de cara, de modo que no podía distinguirla bien. Pero divisó perfectamente las nubecillas de humo de su metralleta, que ahora se había vuelto hacia él.

Las balas puntearon la pared de piedra.

La casa tenía de todo, incluso un torreón, porque a James Gavin siempre le había gustado vivir con lujo. Clive comprendió que, con el sol de cara y sin más ayuda que su revólver reglamentario, no conseguiría abatirlo. El torreón estaba a demasiada distancia.

Guardó su calibre 38 y se asió al cable del pararrayos que descendía siguiendo un ángulo del muro.

No tenía procedimiento mejor para llegar arriba antes de que aquel asesino desapareciese.

Había querido quedarse allí, para contemplar, o al menos oír, el sonido de su siniestra obra. Pero ahora se sentía acorralado y era doblemente peligroso. Estaba dispuesto a todo, en especial a morir

matando.

Clive Murdock empezó a trepar.

El ángulo del torreón le ofrecía una protección muy escasa, de modo que las balas le rozaban materialmente. Si hacia un solo movimiento en falso, cualquiera de aquellas balas podía llevarse por delante una zona de la columna vertebral.

Clive sudaba copiosamente, pegado al cable, mientras subía con toda la velocidad y la fuerza de que era capaz, procurando no despegarse de las paredes.

A su enemigo le quedaban dos recursos, al darse cuenta de que no le alcanzaba. O bien insistir, confiando en que Clive hiciera un mal gesto, o cambiar de ángulo de tiro.

Fue esto segundo lo que hizo.

Mientras corría por los tejados, buscando una mejor posición, dejó a Clive en libertad.

El agente subió a toda la velocidad que le permitían sus músculos. Sabía que un solo segundo de retraso podía serle fatal.

Vio a su enemigo aparecer en la vertiente del tejado cuando él llegaba justamente a su borde. Se sostuvo con una mano y extrajo el revólver con la otra, en un movimiento centellante.

La metralleta comió el borde del tejado. Clive tuvo que saltar al exterior, colgándose sólo con los dedos de la mano izquierda, mientras la derecha seguía sosteniendo el revólver.

Estaba a unos veinte metros de altura y lo que había abajo eran losas de piedra. Se haría pedazos si llegaba a caer.

Tuvo que apartar uno de sus dedos, con gesto instintivo, cuando una de las balas lo quemó materialmente.

¡Ahora sólo tres dedos sostenían todo el peso de su cuerpo!

Calculando la posición en que había visto antes a su enemigo y la trayectoria que llevaban las balas — lo cual era posible apreciar por la línea que seguía los destrozos en el borde del tejado—, Clive asomó su revólver por el borde de éste y disparó una sola vez.

Naturalmente, no alcanzó a su enemigo. Tampoco estaba tan loco como para pretenderlo.

Simplemente el hombre de la metralleta se dio cuenta de que respondían al fuego y no podía seguir al descubierto. La bala había pasado zumbando junto a su cabeza, produciéndole una auténtica sensación de vértigo.

Se ocultó tras la vertiente del tejado y durante algunos instantes su mortífera arma estuvo en silencio.

Era todo lo que necesitaba Clive.

Flexionó su brazo izquierdo, se apoyó luego con el codo derecho y trepó ágilmente al tejado, justo cuando su enemigo ponía nuevamente la metralleta en línea de tiro.

Ahora los dos hombres estaban frente a frente, separados apenas por veinte yardas de distancia. Clive había buscado aquella ocasión, aquel momento mortal e irrepetible, porque sabía que iba a ser el más rápido.

Además, había tratado de colocarse precisamente a la derecha del asesino.

Sabía que aquel era el lado en que James Gavin tenía el ojo de cristal, imitando perfectamente a un globo ocular humano.

Necesitaba unas décimas de segundo para enfocarle bien. Era todo lo que Clive necesitaba.

El sonido de la metralleta taladró el aire cuando él había disparado ya. Las balas rasgaron inútilmente el aire, en un estéril gemido. James Gavin se llevó la mano a la garganta, mientras soltaba su arma y la cicatriz de su mejilla se iba volviendo violácea.

Lanzó un gemido ronco y la sangre escapó a raudales de su boca. Poco a poco su cuerpo fue resbalando por la vertiente del tejado en que se hallaba tendido. Intentó sujetarse inútilmente, mientras se desangraba, y llegó al borde opuesto. Aún estaba vivo cuando cayó, lanzando un alarido que se oyó en todos los contornos.

Cuando Clive Murdock llegó junto a él, apenas unos minutos más tarde, al cadáver de James Gavin estaba bastante averiado, por decirlo de algún modo. Pero éste era el auténtico.

La cicatriz, el ojo de cristal. Todo era verdadero.

El sonido cadencioso y lento de unos tacones al avanzar arrancó de su cerebro los pensamientos de muerte.

Fanny venía hacia él. Y Fanny no estaba averiada, sino todo lo contrario.

—De modo que era una trampa —susurró ella—. De modo que quería desprenderse de todos sus hombres...

—Y de todas sus mujeres.

— 19

—¡Oiga usted, polizonte!...

—Lo siento por él, nena. Si no consiguió nada de ti, es que el pobrecillo era idiota. Pero trataré de vengarle.

—¿Qué quieres decir?

—Uno siempre tiene que terminar las buenas obras que los otros no han podido hacer.

Clive Murdock tuvo que apartarse, porque Fanny le atizaba con el bolso. Y ni Fanny ni el bolso eran cosas pequeñas.

—Pero ¿por qué querría desprenderse de sus hombres? —preguntó ella, jadeando, cuando vio que era inútil alcanzar a Clive—. ¡Con lo escasos que van! ¡Es una canallada!

—Ya te lo he dicho antes, muñeca. Quería estar libre y no tener que repartir con nadie. Ya había ganado lo suficiente para vivir tranquilo el resto de su cochina vida. Metió a cualquier desgraciado en su coche, lo estrelló con toda intención y él saltó a tiempo. Todo estaba preparado para que el cacharro se incendiase. Luego, él y uno solo de sus hombres se llevaron el cadáver, le pegaron en una mejilla una cicatriz en materia plástica — con la que ahora se hacen maravillas— y le arrancaron un globo ocular, sustituyéndolo por otro de cristal ya preparado y exactamente igual al que él llevaba. Fue eso lo que me llamó la atención del caso: que alguien se hubiera llevado el cadáver a toda prisa, diciendo que aún esperaba poder salvarlo, porque creía que estaba herido. ¡Un cuerpo que se había convertido en una antorcha humana! Luego confirmó mis sospechas el hecho de que un testamento muy reciente dijera que quería ser incinerado en esta casa, pero en presencia de todos sus hombres, quienes tendrían una sorpresa.

—Y por eso viniste...

—Sí. Estaba casi completamente seguro de que conseguiría capturar a James Gavin.

La chica puso los brazos en jarras.

—Y ahora la pregunta más importante. ¿Por qué ese cerdo también quiso matarme a mí? ¿Qué le había hecho yo?

—Precisamente por eso, nena. Porque no le habías hecho nada y sabía que nunca se lo harías. El fulano se hartó de perseguirte, y tú debieras saber que no hay que agotar demasiado la paciencia de un hom...

Esta vez sí que el bolso le alcanzó en la cabeza.

Pero Clive ni pestañeó.

—Te llevaré a la ciudad, nena. Pero con intenciones honestas.

Otra vez el bolso le atizó en la cabeza.

—Pero ¿por qué me la cargo ahora?

—¡Porque no has vuelto a decir otra vez eso de que ibas a vengar a James Gavin, imbécil! ¡Con la ilusión que a mí me hacía!...

* * *

En el despacho entra un tibio y casi perfumado sol. La tarde era agradable. Una tarde de esas en que da gusto pasear por las orillas del río Potomac, ver los cerezos y fotografiarlos, sobre todo si al lado de los cerezos hay unas cuantas chicas. Pero Clive no tenía delante a ninguna chica, sino a uno de los principales capitostes del F.B.I, el importante Ramsay.

Este paseaba de un lado a otro del despacho con las manos a la espalda.

—Le he hecho venir desde Nueva York, Murdock, para felicitarle. Sólo a un hombre como usted se le podía ocurrir que lo de la muerte de James Gavin había sido una trampa. Sólo un agente de su talla podía imaginar la siniestra comedia que iba a desarrollarse después de aquella falsa muerte.

—Le doy la gracias, señor. Es usted muy amable.

—Creo que su meritorio servicio merece unas vacaciones.

—Hará que me sonroje, señor.

—Y le voy a conceder esas vacaciones, qué caramba. Tiene usted un mes de suspensión de empleo y sueldo.

—¿Queeeeé?

Ahora sí que Clive se sonrojó, pero de otra manera.

—Se le sanciona por haber montado la operación sin permiso de sus superiores, comprando un ataúd y valiéndose de la ayuda de cuatro de sus compañeros, con los que media hora antes se habían jugado a los dados a quién le correspondía ser el muerto.

—Si le digo la verdad me van a sancionar más, señor.

—¿Qué verdad?

—Los dados tenían contrapeso. Tirados según de qué modo, siempre daban doce puntos. Por eso me correspondió a mí ser el fulano que iba dentro de la caja, el que se quedaría solo con todos aquellos angelitos, junto al horno.

—De modo que encima se dedica a juegos ilegales, ¿eh?

—¿Qué quiere que le diga? Yo sólo lo hago para aprender los trucos.

—¡Largo de aquí! ¡Y no se presente a prestar servicio en un mes! ¡No se le ocurra pasar a cobrar tampoco!

—Entendido, señor.

—¡Y no se busque otro trabajo!

—Nada de eso, señor. Me buscaré una viuda rica.

Clive Murdock tuvo que salir de allí a gran velocidad, para no ser expulsado definitivamente.

De todos modos, cuando salió a la calle, pensó que la vida era maravillosa.

Washington, en primavera, siempre ha sido una magnífica ciudad.

Las hileras de cerezos alineados a lo largo del río Potomac, se llenan de miles de flores rosadas que hacen la delicia de los fotógrafos. El Memorial de Lincoln se llena de turistas y de chicas guapas, que enseñan las piernas al subir las escaleras que llevan hasta la monumental estatua. Los barcos que surcan el Potomac hasta Virginia, hasta Alexandria y la tumba de George Washington, van repletos de alegres viajeros que bailan, comen *pizza* de la que se sirve en la cubierta inferior, beben cerveza libre de impuestos y se besan en silencio mientras contemplan las márgenes verdes, quietas, solitarias, del anchuroso río.

Sí, Washington en primavera es una ciudad que hace pensar en el amor, en un amor tranquilo, sosegado, apacible.

Hasta a un tipo como Clive Murdock le hubiera venido bien un amor apacible en aquellos momentos. Un amor apacible y de fidelidad hasta la muerte con dos mujeres, una para salir por las mañanas y otra para salir por las tardes.

Fue caminando hasta la Avenida de Pennsylvania y aspirando el aire de las calles anchas, tranquilas, donde apenas había tráfico. En Washington, donde la mayor parte de la población es negra, y donde la parte blanca está formada por funcionarios, la gente se movía apaciblemente, sin prisa, dando un ambiente muy distinto del de la febril actividad de Nueva York.

Total y, para que nos entendamos todos, Washington es una ciudad donde en primavera da gusto vivir.

Pero morir no tanto.

Clive intuyó la presencia de la muerte, adivinó el roce de sus alas negras al ver aquel coche que se acercaba poco a poco a él.

Venía por su espalda.

Clive no lo hubiera visto jamás de no haberse abierto la puerta de unos grandes almacenes que tenía a su izquierda. La gran puerta cristalera giró y pareció abanicar la calle. En su superficie se reflejó durante unos segundos toda la amplitud de la gran avenida, con su tranquilidad bajo el apacible sol, con sus coches que circulaban a poca velocidad de este a oeste.

El que ahora avanzaba a la espalda de Clive se había colocado casi en dirección prohibida.

Y venía a muy poca velocidad, como para perfilar bien la figura del hombre.

En pocos segundos, Clive lo identificó. Era un "Chevrolet" último modelo, verde manzana, descapotable, pero con la capota echada. Lo conducía un hombre, y a la derecha de éste iba una mujer.

Clive intuyó lo que iba a suceder. Giró un poco la cabeza, para mirar al coche, en el instante en que oyó que el motor aceleraba.

Aceleración, disparo y huida rápida. Esa era la regla.

Clive se lanzó de cabeza contra uno de los escaparates de los almacenes cuando la ráfaga de la metralleta volaba en busca de su cuerpo. Quedó casi materialmente empotrado en los cristales, mientras éstos eran hechos añicos por las balas.

El coche ya no tuvo ocasión de volver atrás. La mujer que había usado la metralleta perdió su ángulo de tiro.

Era demasiado peligroso insistir en un lugar como la mismísima Avenida de Pennsylvania.

El conductor aceleró de nuevo, sacando la máxima velocidad a su bólido, y se saltó una luz roja mientras volaba materialmente hacia la calle Quince y el centro comercial de la ciudad, hacia el "Sheraton" y el núcleo turístico.

Clive Murdock se dio cuenta de que estaba dentro del escaparate en que se exhibía ropa interior de señora.

Un empleado llegó corriendo.

—Eh, no se anime, amigo.

—Lo que estoy es muerto.

—¿Le han dado?

—Creo que no. Hay balas que no duelen en el primer momento.

Clive Murdock salió del escaparate en que se había empotrado, se palpó todo el cuerpo y vio que no tenía ninguna herida. Si no llega a ser por la puerta del almacén al abrirse, lo que le permitió ver reflejándose en el cristal toda la calle a su espalda, lo dejan apiolado. Había escapado por milagro.

Numerosas personas corrían hacia él. Clive distinguió entre ellas los uniformes de la policía.

Y se sintió sujeto por el cogote antes de que pudiera evitarlo.

—De modo que un ajuste de cuentas entre gangsters, ¿eh? ¡Hala, acompáñanos, granuja!

—¡De modo que por poco me dejan seco y encima ahora me detienen!

—¡Sin chistar! ¡Ven, acompáñanos!

Todos los policías de todos los países del mundo se parecen sospechosamente.

Clive fue obligado a subir a un patrullero, mientras otros agentes dispersaban a los curiosos y otro buscaba por la acera las cápsulas de bala. Clive no mostró su credencial hasta encontrarse ante el inspector de guardia. De todos modos tuvo que prestar una declaración oficial por lo sucedido.

Claro que Clive no sabía nada.

Sólo pudo decir cuatro cosas:

Que le habían disparado desde un "Chevrolet" color verde manzana, último modelo, descapotable.

Que conducía un hombre, y a su derecha iba una mujer.

Que fue ella la que intentó balearle.

Y que no la conocía, pero que, por lo que pudo ver, se trataba de una señora estúpida.

—¿No tiene usted idea de por qué intentaron matarle, agente?

—Ninguna.

—¿Qué investiga ahora?

—Precisamente nada.

—¡Hay que ver! Nosotros trabajando como leones, y usted confiesa que le regalan el dinero, ¿eh?

—Hombre, tanto como regalármelo...

—¿Tiene enemigos?

—No se trataba de un enemigo, sino de una enemiga, inspector.

Y yo, la verdad, no creo haber dejado a ninguna tan mal sabor de boca.

—Está bien. Con los datos que nos ha dado, seguro que capturaremos a esos granujas, pero el año 2000. Y ahora, *abur*.

Clive quedó libre después de prometer que se presentaría para nuevas declaraciones en caso necesario.

Lo primero que hizo fue volver al despacho de donde había salido cuando intentaron balearle.

El importante Ramsay estaba en su importante despacho. Consumía un importante almuerzo a base de pollo frío, mermelada, cerveza y café. Puso cara de tigre al ver otra vez a Murdock.

—¿Qué hace por aquí? ¿Pretende que le perdone? Pues lo siento por mí. No sabe la pena que me da tener que enviarle al infierno.

—Oiga, Ramsey, han intentado matarme.

—¡No me diga! ¿Y por qué no lo han conseguido?

—Menos bromas, Ramsay. Han intentado balearme con una metralleta, y eso no le hace gracia a nadie. Dígame qué es lo que está usted investigando ahora.

—¿Y qué tiene que ver eso con su asunto?

—Muy sencillo, Ramsay. Yo no investigo ahora nada. Pero los que intentaron matarme lo hicieron creyendo que usted me había encargado algún asunto. Un asunto lo bastante importante para justificar mi muerte.

—No diga tonterías.

—Sin duda me siguieron desde aquí. Creyeron que yo iba a ocuparme de algo que tiene usted en su departamento.

—No tengo nada.

Clive dijo lo mismo que le había dicho a él el policía:

—¡Ah! De modo que yo trabajando como un león y usted confiesa que le regalan el sueldo.

—¡Váyase al infierno!

—A ver qué asuntos tiene, Ramsay.

—Los de trámite. Todos están repartidos entre diversos agentes. Y precisamente no hay ahora nada especial. Ningún secuestro famoso, ni nada de lo que dependa la seguridad del mundo.

—¿Qué es lo último que ha llegado a su despacho?

Ramsay reflexionó. Dejó el vaso de cerveza que tenía en la mano y empezó a dar vueltas en torno a su mesa.

—Nada importante... —farfulló al cabo de unos segundos—. Créame, estoy intentando recordar. Lo último que entró en este departamento fue la desaparición de una niña. Supimos que había sido trasladada a otro Estado y lo estamos investigando como delito federal.

—¿Una niña de qué edad?

—Ella tenía diez años.

—¿Han pedido rescate a sus padres?

—Nada. Tampoco podemos ir por ahí. No se trata de un secuestro vulgar.

—¿Quién se encarga de ese asunto?

—El agente Trullock.

—Trullock esta enfermo, ¿no?

—Cierto. Y hasta ahora poco es lo que ha podido hacer.

Clive, mientras pensaba, se bebió lentamente la cerveza que aún no había probado su jefe.

—¿Había algo de especial en esa niña? En su familia, quiero decir. ¿Su padre es importante?

—No, no... Son gentes vulgares. Un asunto sin sentido, sin interés. Ya casi no lo recordaba.

—¿No ha habido noticias, después de eso?

—Ninguna.

—¿Cuánto hace que desapareció?

—Creo que once días. Si quiere lo miramos en el expediente; se lo puedo pedir a la secretaria. ¡Pero, por favor, Murdock, no demos vueltas a una cosa que no tiene sentido! ¡A usted han intentado matarlo por otra razón!

—Es posible. ¡Claro que es posible! Pero resulta sospechoso que el caso estuviera dormido y usted me haya llamado a mí. Muy sospechoso que alguien haya intentado matarme precisamente ahora. Pueden haber creído que yo me encargaría de lo que Trullock, por enfermedad, es ahora incapaz de llevar adelante.

—No digo que sea imposible, pero...

—Veamos ese expediente.

Ramsay pulso el timbre y entró una secretaria. La secretaria tenía unos cuarenta años y dirigió a Clive Murdock una mirada cargada con cuarenta deseos más o menos. Clive se puso a temblar.

—Tome —dijo Ramsay, tendiéndole el expediente—.

Empapúrese. Pero no va a sacar nada.

—Voy a comprobarlo.

Clive leyó el expediente allí mismo. No había gran cosa. La denuncia de la desaparición, la descripción de la niña, las fotos. Ni siquiera era una niña guapa, de esas que a veces son raptadas por mujeres solitarias y deseosas de poner su ternura en alguien. También figuraban las declaraciones de los vecinos y de los maestros. Nadie sabía nada y nadie había notado nada. Rutina.

—Iré a ver a Trullock — decidió el joven.

—Clive, le advierto que pierde usted el tiempo. Y le advierto también que, a pesar de todo, sigue suspendido de su empleo.

—Lo comprendo, pero con algo he de matar el tiempo.

Ramsay gruñó:

—Mientras no le maten a usted...

Y siguió dedicando al almuerzo toda su atención de funcionario celoso de su deber.

CAPITULO II

Fue una auténtica casualidad que aquel día Clive estuviese en el depósito de cadáveres.

Procuraba no ir nunca a ver a sus amigos muertos, porque luego los recordaba siempre con los ojos cerrados y la boca rígida, y eso le parecía desagradable para ellos y para él. Pero esa vez no pudo impedirlo. Johnny mismo le había pedido que fuese a verle. Se lo había pedido antes de morir.

Para los que no hayan conocido a Johnny ni hayan oído hablar de él, hay que decir que sus nombres completos eran Johnny Diccenta Straus, que tenía veinticuatro años cuando aquello ocurrió y que había sido ejecutado poco antes en la muy respetable, honorable y muy temida "silla de las grandes solemnidades", en la prisión de Sing-Sing.

No, no parezca nada extraño que a pesar de todo Clive fuese amigo de Johnny.

Hay hombres que acaban mal porque son perversos, hay otros que acaban mal porque son inconscientes y débiles de carácter. Johnny Diccenta pertenecía a este segundo grupo.

Todo empezó para él cuando se lió con una pájara que le llevaba siete años, había dado cuatro veces la vuelta al país (cada una de ellas con un hombre distinto) y sabía usar ropa interior de la mejor calidad. Eso de la ropa interior traía loco a Johnny, que en el fondo seguía siendo un niño de catorce años...

Cuando necesitó dinero asaltó a un pagador de Correos y le robó dos mil dólares. Esa suma se le acabó pronto y decidió asaltar entonces a un pagador de Banco. Este iba armado, y Johnny lo tuvo que liquidar con un instrumento brutal que ya usaban los gangsters en el año 1930: un punzón de partir hielo.

Johnny Diccenta fue cazado, se le aplicó el calificativo de perro sarnoso —lo cual quería decir que los agentes tenían órdenes de tirar a matar en caso de fuga—, y fue condenado a muerte. La Corte de Apelación y, más tarde el Tribunal Supremo, confirmaron la sentencia.

Y ahora Clive estaba allí, en el depósito de cadáveres, que iba a ser la penúltima morada de Johnny.

La pájara también estaba allí, esperando.

Ella no tuvo ninguna participación en los crímenes de Johnny.

Se había puesto un vestido negro que sentaba muy bien a sus curvas, dejaba que unas puntillas asomasen por debajo de su falda y lucía unas medias de intensa costura negra. Como era alta y todavía bastante joven, todos los que estaban en aquel lugar llegaron a olvidarse de que era la casa de los muertos.

A Johnny lo habían asado poco antes, pero acababa de asegurar uno de los testigos de la ejecución que aún tenía un aspecto bastante respetable. Lo habían vestido además, con los trajes de las fiestas.

Clive exhibió la autorización al encargado del depósito y éste dio una orden a sus subalternos.

—Sacad el ataúd.

Los siguió hasta la inmensa sala donde estaban los frigoríficos. La amiga de Johnny iba delante, contoneándose, empeñada en que se olvidase a la misma muerte. Entraron en la sala que en realidad era un inmenso cementerio.

Los ataúdes estaban colocados en grandes cajones empotrados en un armario, los cuales recibían aire helado continuamente. Se dice que un prójimo puede conservarse allí perfectamente hasta un año. Clive vio claramente las letras rojas escritas en el ataúd de madera blanca, cuando lo sacaron del fúnebre armario: J. D. Pensó que es macabro terminar sólo con esas iniciales, como un submarino al que envían al desguace.

Preguntó:

—¿Por qué lo han puesto ya en el frigorífico? Hace muy poco que Johnny Diccenta ha muerto.

El empleado le miró socarronamente.

—Es el reglamento. No queremos que los muertos suden. Además, ¿cuánto tiempo iban a tardar en retirarlo? A veces los cuerpos de los condenados a muerte no se los lleva nadie.

Clive dijo:

—Yo tengo autorización para enterrarle. Me lo pidió él.

—¿Dónde está esta autorización?

—Se la he entregado a su jefe.

—Bueno, voy a recogerla.

—¿No puedo, mientras tanto, ver el cadáver?

—¡Oh, claro!

El ataúd fue alzado hasta una mesa, y se echó a un lado la tapa. Vio que el testigo de la ejecución había estado en lo cierto.

Johnny tenía aún un aspecto bastante respetable, aunque presentaba quemaduras detrás de las orejas. Le habían vestido con un traje oscuro propio de los días de fiesta. Su expresión era dulce, a pesar de todo, y tenía cara de buen chico que se ha quedado dormido en el banco de una iglesia.

Pensó en su madre, no supo por qué. En su madre que quizá ahora, en estos momentos, estuviese en una iglesia rezando por él.

La pájara se creyó en la obligación de llorar un poco. Y luego, como si no pudiese sostenerse, se sentó en un largo mármol adosado a la pared, pero tuvo buen cuidado de cruzar las piernas.

Clive lo sintió por Johnny, porque no pudo concentrar bien en él sus pensamientos.

El empleado volvió diciendo:

—Todo está conforme.

—Entonces, ¿puedo disponer del cuerpo para llevármelo?

—¿Por qué no? Lo único que tendrá que hacer ahora es firmar un recibo y entregarnos luego la copia del acta de sepultura. ¿A qué cementerio piensa llevarlo, si no es un secreto?

—Al de Brooklyn.

—Pues buen provecho.

En aquel momento llegaron los otros hombres.

Clive se fijó bien en ellos porque sus pasos repercutían en el silencio de la inmensa sala y porque, a pesar de haber allí dos personas su soledad le parecía sobrecogedora. Los vio llegar por el pasillo con lentitud de fantasmas. Eran tres.

Uno iba vestido como un clérigo, pero no era católico, sino de alguna secta protestante, difícil de determinar. Llevaba un immaculado traje negro, de *clergyman*, pero su peto era azul. Tenía la mirada profunda, perdida en el vacío, y sus sienes eran blancas.

Los otros dos tenían el aspecto gris, indiferente, apagado, sin esperanzas, de dos oficinistas que llevasen veinte años cobrando el mismo sueldo.

El clérigo señaló el ataúd y dijo:

—Ese es el cadáver.

Clive no habló hasta que vio que se acercaban al ataúd con aire de propietarios. Entonces preguntó:

—¿Qué quieren ustedes?

Uno de los tipos con aspecto de oficinista le miró.

—¿Y usted?

—Yo conocía a Johnny Diccenta. El me cuidó una vez estando enfermo y me hizo varios favores. Por eso no pude negarme cuando me pidió que me hiciera cargo de su cadáver una vez lo ejecutasen.

—¿Hacerse cargo de su cadáver? —preguntó el clérigo dulcemente—: Es de verdad extraño.

—¿Por qué?

—Porque nosotros tenemos que hacer lo mismo.

Parpadeó. La de las puntillas en la falda empezó a gemir diciendo que hasta se peleaban por el cadáver de su Johnny.

—Perdone — susurró Clive mirando al clérigo —. Pero ¿quién es usted?

—Pertenezco a los anabaptistas de Harlem. ¿No sabe usted que Diccenta frecuentaba nuestro templo?

—Hace años sí, pero últimamente...

—Últimamente debió acordarse de sus tiempos juveniles, y entró en la vereda de la razón. Por eso nos escribió diciéndonos que nos hiciéramos cargo de su cadáver. Vea.

Le mostró una carta de muy pocas líneas, que, en efecto, estaba escrita con la letra de Johnny. En ella rogaba que, después de ejecutarlo, lo sepultasen en Harlem.

—No tiene sentido —murmuró Clive.

—¿Tiene usted alguna autorización? —le preguntó el clérigo.

—Sí. La del alcaide de Sing-Sing.

—Pero el alcaide de Sing-Sing no es Johnny Diccenta.

—Johnny hizo su petición verbalmente ante un funcionario del penal. Además a mí también me lo había pedido.

—Debió cambiar de intención en los últimos minutos, al escribimos esta carta...

—Sí, pero...

—¿Puedo preguntarle a lo que se dedica usted?

La voz del clérigo era dulce, no ofendía.

Clive contestó:

—Soy agente del F.B.I. y me llamo Clive Murdock.

—¿Pertenece usted a los anabaptistas?

—No.

—¿Y no cree que es más digno que del cadáver se haga cargo un sacerdote, aunque usted profese otra religión?

La cosa, dicha así, no podía ser más razonable. Un muerto siempre está mejor en compañía de un sacerdote que de un polizonte, eso es evidente, de modo que Clive hizo una señal de asentimiento.

—Es usted la mar de razonable, gracias —dijo uno de los hombres—. ¿Podemos llevarnos el cadáver?

—Tendrán que llenar una ficha y depositar en las oficinas la carta que traen —dijo el empleado del depósito.

—¿Por qué no?

El anabaptista fue tras el empleado y los dos tipos y Clive quedaron solos. Uno de los tipos oyó los llantitos de la mujer sentada en el banco, y miró hacia allí. Puso ojos de huevo frito. El otro miró también y Clive pensó que sólo por tener a aquella pájara se hubiera puesto en lugar de Johnny. Pero esa fue una suposición de Clive.

Si los ojos hubieran tenido dientes, a aquella mujer en menos de diez minutos no le hubieran quedado piernas. Los dos tipos aquellos ya no parecían oficinistas sin esperanza, sino los dueños de la oficina con un talonario de cheques. Por fortuna, el clérigo llegó pronto.

—Todo arreglado —dijo.

—¿Han avisado a la funeraria? —preguntó el empleado que venía detrás.

—No hace falta.

—¿Cómo ha dicho usted?

—La furgoneta de nuestro templo está ahí fuera.

—Bien. Otra cosa.

—¿Qué?

—No cambien el ataúd.

—¿Por qué?

—Este les puede parecer grande y feo, pero es el reglamento. Su amigo ha sido ejecutado legalmente y debe ser enterrado con un ataúd pagado por la Administración. Lo único que hacemos

nosotros es dejarles el cuerpo a ustedes para que cumplan las formalidades del entierro, pero sigue estando bajo nuestra responsabilidad. Por ello tendrán que entregarnos una copia certificada del acta de sepultura.

—De acuerdo. El ataúd es feo, pero si no podemos prescindir de él, lo conservaremos.

El empleado anotó el número.

Clive vio cómo entre los tres cerraban cuidadosamente el ataúd y de pronto se le ocurrió preguntar:

—¿No podría acompañarles?

Todos, sin excepción, le miraron como si Clive Murdock fuese una especie de bicho raro.

—¿Por qué?

—Ustedes son tres. Para llevar un ataúd siempre ha resultado mejor hacerlo entre cuatro.

El clérigo repuso:

—Un empleado nos ayudará. Ya contábamos con eso.

—Es que hay otra razón.

—¿Cual?

—Me sabe mal despedirme así de Johnny. Conmigo fue un buen muchacho, después de todo. Me parecería más decente acompañarle, por lo menos hasta el cementerio de Harlem.

—¿Por lo menos? —preguntó uno de los tipos—. Es que más allá ya no puede acompañarle nadie.

—Nuestros cultos son privados —dijo el clérigo.

—A pesar de todo...

—Está bien —dijo sonriendo—, puede ayudarnos. Después de la salida del templo puede también cargar el ataúd en la furgoneta. ¿Qué le parece?

—Es suficiente.

Cargaron el ataúd entre los cuatro y lo introdujeron en una furgoneta negra que parecía haberse concebido únicamente para transportar muertos. Verla quitaba el apetito.

La pájara semivestida de luto se quedó medio lloriqueando, pero no descruzó las piernas. Los dos tipos con pinta de dependientes la miraron de tal modo que por poco hacen tropezar a todos.

Una vez cerrada la furgoneta, con el ataúd dentro, Clive Murdock la siguió en su automóvil hasta los últimos extremos de

Harlem. Allí, en una calle de tapias bajas, sin apenas edificios, había un viejo templo de ladrillos con una alegoría religiosa en la entrada. Tenía un aspecto triste, sórdido, abandonado, que hacía pensar sin saber porqué en lo que hay más allá de la muerte.

Nadie les esperaba. La puerta estaba cerrada, y el clérigo la abrió con una llave.

—¿ Entra? —preguntó.

Clive tan sólo dijo:

—Muchas gracias, les esperaré aquí.

—Como le plazca.

Cargaron el ataúd y Clive les ayudó hasta la puerta.

Le parecía que era lo último que podía hacer por Johnny y que estaba obligado a ello. Luego la puerta se cerró.

El oficio religioso dentro del templo duró aproximadamente un cuarto de hora.

Clive se dio cuenta de que por aquella calle de Harlem apenas transitaba nadie. Los barrios populosos y alegres estaban mucho más abajo, hacia el sur. La calle en que se encontraban daba la sensación de un lugar no terminado todavía, donde la gente no se atreviese a vivir. El templo, entre las vallas medio derruidas, daba la sensación de uno de esos locales en los pueblos abandonados del Oeste que, entre las calles desiertas, aún se mantienen milagrosamente en pie.

Bajo la alegoría religiosa de la entrada, unas letras metálicas decían: "Cultos privados". A aquel templo debía ir muy poca gente. Otra puerta, un poco más allá, en el mismo edificio, decía: "Museo antropológico".

Pero también estaba cerrada.

Clive Murdock ya empezaba a impacientarse cuando la puerta se abrió y los tres hombres aparecieron con el ataúd a cuestas.

El sol daba de lleno en sus rostros cansados, extrañamente amarillos. El clérigo sudaba.

Clive se adelantó hacia ellos.

—Voy a ayudarles —se ofreció.

—No es necesario. Podemos hacerlo solos.

—No puedo consentirlo. Ustedes son tres. Permítame.

Casi a la fuerza se colocó en la parte trasera del ataúd y ayudó a cargarlo en la furgoneta.

Cuando estuvo dentro, el clérigo la cerró.

—Gracias —dijo—. Ha sido usted muy amable.

—No merece la pena, ¿Van ustedes directamente al cementerio?

—Sí.

—Les deseo un buen viaje. Dentro de lo que cabe.

Partieron, y Clive se quedó en la calle, quieto y solo bajo el sol, encendiendo un cigarrillo.

Su mano temblaba; temblaba tanto que tuvo que gastar tres fósforos para poder encender el cigarrillo.

No comprendía cómo le había sido posible disimular hasta aquel momento.

Clive sabía distinguir como cualquier otro cuándo una cosa pesa más y cuándo pesa menos. Antes había ayudado a cargar el ataúd de Johnny. Ahora también.

Ahora pesaba mucho más.

Ahora pesaba casi el doble, y el peso estaba repartido de una manera uniforme.

Clive sentía la garganta seca sólo en pensarlo.

¡Se habían llevado dos cadáveres en él!

* * *

Clive Murdock no había querido evitar por la fuerza la ceremonia del entierro. No había querido empezar a repartir golpes en plena calle y luego abrir un ataúd.

Todo eso era miserable, aun partiendo de la base de que no estuviera equivocado.

Tenía que obrar con sentido común. El siempre había preferido la violencia al papeleo. La violencia, además, era su oficio.

Pero con los muertos hay que guardar alguna delicadeza. Y no podía exponerse a cometer un terrible error.

Fue a ver al juez de la zona. Fue directamente, sin perder ni un solo minuto.

El juez, un tipo seco y vestido de negro, como si se estuviera quedando viudo cada media hora, le contempló sin un parpadeo.

—¿Está usted loco, amigo?

—Por ahora no. Sólo he visto una chica guapa esta mañana y yo necesito dos al menos.

—A ver, explíqueme eso otra vez.

El funcionario no parecía haberle entendido bien. Clive volvió a contarle todo con detalle.

—¿Y por qué no se encarga de todo el F. B. I?

—Usted sabe bien que no tenemos jurisdicción sobre esta zona.

—Ni sobre ninguna, para un caso tan descabellado como éste. Según me ha parecido oír por dos veces, usted no vio al segundo muerto. Sólo vio al primero.

—Sí, a mi amigo Johnny.

—¿Y cómo notó la presencia del segundo?

—Se lo he indicado; por el peso.

—Amigo, un hombre no es una balanza.

—Noto bien cuándo una cosa pesa más y cuándo pesa menos.

—¿Qué diferencia habría?

—Unos cincuenta kilos.

El tipo vestido de negro pareció reflexionar y pareció decirse que, en efecto, aquella era una diferencia de peso bastante notable.

—¿No lo comprende? — susurró Clive, remachando el clavo —. Ellos también tenían un interés especial en conservar ese ataúd.

—¿Por qué?

—Era muy grande. Los ataúdes de la Administración, los que se "regalan" a los condenados a muerte, suelen ser enormes cajones donde el condenado cabe con silla eléctrica y todo. Pudieron introducir el segundo cuerpo cómodamente, cosa que no hubieran logrado con un ataúd normal.

—Puede que tenga razón, señor Murdock, aunque personalmente me cuesta creerlo.

—¿Va a dar la orden de exhumación inmediata?

—Tengo mis dudas. Hay un clérigo de por medio.

—Pertenece a una secta que se dedica a cultos privados. Una minoría sin importancia. No se va a armar un escándalo por eso. ¡Además, podía ir disfrazado y usar la llave del templo en un momento en que sabía no había nadie en él!

—Todo esto acarrea responsabilidades... No sé... —el juez de la zona tenía los celos y las dudas del pequeño funcionario—. Debo obrar con cautela. Hay incluso una comisión del Senado que se dedica a investigar los ultrajes contra las religiones, sea de la clase que sean. Ya conoce usted que la Constitución del país autoriza toda

clase de cultos.

—Lo sé perfectamente.

—Esa comisión la dirige el senador Stewart. No es un tipo blando, ni mucho menos. En cuanto algo le llama la atención, lleva las cosas hasta el fin. No me gustaría tropezar con él.

—Tampoco puede dejar las cosas así, después de haberle hecho yo una denuncia en regla.

—Lo sé.

—Entonces tome una decisión.

El juez vaciló aún. Le molestaba que Clive hubiera venido a sacarle de su sopor, de su tranquilidad administrativa.

—De acuerdo —dijo.

—Lo hará, ¿no?

—Sí, pero antes consultaré con mi inmediato superior. Cuestión de un día o dos. Supongo que eso no tendrá importancia para usted; los muertos no van a escaparse.

Johnny gruñó:

—No, los muertos no, pero los vivos sí. En fin, esperaré. No me queda otro remedio...

Y salió. Pensaba hacer muchas cosas antes de que le entregaran aquella orden.

CAPITULO III

Los archivos eran monumentales. Llenaban hileras y más hileras de muebles metálicos tras los que se afanaban una legión de empleados silenciosos y eficaces como hormigas. Un zumbido de colmena llenaba aquello, a pesar de que nadie hablaba y a pesar de que todo signo de humanidad (una voz, un silbido, un suspiro) parecía suspendido para siempre allí. Aquel zumbido procedía de los computadores electrónicos que trabajaban incansablemente, clasificando en minutos lo que docenas de empleados hubieran tardado semanas en hacer.

El jefe del departamento de "Desaparecidos", un hombrecillo que usaba corbatas chillonas, llegó a saltitos hasta donde estaba Clive.

—Aquí tiene la relación. La hemos sacado de nuestras fichas.

—¿Estas son todas las personas desaparecidas en los últimos seis meses, y de las que no ha vuelto a saberse nada?

—Justo.

Clive se dijo que es increíble el número de personas que desaparecen cada día en un país, sin dejar rastro alguno. Solterones misteriosos, viudas amargadas que de pronto deciden correr una aventura, jovencitas que quieren vivir la existencia entera en una sola semana, casados que se fugan con la secretaria, directores de Banco que un día se esfuman llevándose la caja y dejando al presidente del Consejo una carta diciendo que es que quieren hacer balance... La lista, realmente interminable mareaba.

—Veamos las que han desaparecido en el Distrito de Columbia.

—Son esas de ahí.

Había once en total. No era gran cosa. Entre ellas figuraban Rose Sims, la niña desaparecida de cuya búsqueda se estaba encargando Trullock.

—No son muchos nombres. Por lo visto este es un distrito tranquilo.

—Gente honrada, señor Murdock.

Murdock se apresuró a comprobar si llevaba la cartera en su sitio.

—Gracias, amigo, me llevo la relación. Volveré a verle si necesito algo más de sus ficheros.

—Estamos para servirles, señor Murdock.

Clive subió al bólido que tenía en aquel momento, un "Mustang", color negro, y rodó a gran velocidad hacia Nueva York.

Tenía que hacer algo muy importante allí. Tenía una cita con un muerto.

* * *

Eran sólo cinco hombres los que se habían concentrado en aquel sector del cementerio de Harlem.

Cinco caras tristes, cinco expresiones aburridas que miraban la lápida donde había pintadas unas letras.

JOHNNY DICCENTA

¡Adiós, chico!

—Vinieron unos amigos del muerto y pusieron eso en la lápida —dijo el sepulturero—. Buenos muchachos. Me dieron cinco dólares para que les sostuviese el bote de pintura.

El sepulturero era negro, como casi todos los que reposaban en el cementerio de Harlem. Sólo algunos escasísimos blancos descansaban aquí y allá, durmiendo el sueño eterno en la tierra de los hombres de color. La visión del cementerio, grande y hostil, a aquella hora del anochecer, era deprimente.

Clive Murdock tendió una hoja de papel a un hombre ya viejo, que vestía rigurosamente de negro.

—La orden de exhumación, juez.

—También son ganas de hacer el idiota...

—No tenemos otro remedio.

—Pero ¿no fue ejecutado? ¿Qué quieren más? ¿Pasarlo por la silla eléctrica otra vez?

—No se trata de Johnny. Hay que comprobar algo mucho más importante.

—Está bien. Adelante.

Los testigos se situaron a ambos lados de la fosa.

El sepulturero y Clive tiraron de la lápida hacia arriba, empleando cada uno una palanca de hierro.

La lápida se alzó sin demasiado esfuerzo. Daba la sensación de estar casi desencajada. La colocaron blandamente en un borde, y luego se inclinaron sobre el ataúd

Era el mismo que salió de Sing-Sing, sin duda. También tenía las iniciales "J. D." Resultaba mucho mayor y más impresionante que cualquier otro ataúd de su clase.

El juez indicó:

—Pueden abrirlo. Pero ¿qué esperan encontrar?

—Dos cuerpos en lugar de uno —dijo tranquilamente Johnny.

—Me parece que se equivoca, amigo. ¿Cómo va a haber dos cuerpos en un ataúd?

—Estoy seguro de que mi impresión era exacta —musitó Clive.

—Desde luego, ahí cabrían —murmuró el sepulturero—. Es el ataúd más grande que he visto.

—Está bien; ábranlo de una vez.

Fue Clive quien lo descerrajó y abrió la tapa.

Y resultó que el juez tenía razón. Allí no habían dos cuerpos, ni siquiera uno.

—¡El ataúd estaba vacío!

* * *

—Es relativamente fácil sacar un cuerpo de su fosa y llevarlo al exterior —dijo el jefe de los servicios de vigilancia del cementerio—. Naturalmente que no había ocurrido nunca, pero precisamente por eso es una eventualidad con la que no contamos. Las vallas no son demasiado altas. Todo lo que usted sospecha es posible que haya ocurrido, sobre todo si lo hace más de un hombre. Uno solo

me parece difícil que pueda conseguirlo.

Todo lo ocurrido le demostraba que había estado en lo cierto. ¡Había dos cuerpos en lugar de uno! Pero ¿a quién pertenecía el otro? ¿Y por qué se lo habían llevado?

—¿Cuántos hombres hay de vigilancia durante la noche? —preguntó.

—Tres.

—¿Ninguno de ellos observó algo anormal?

—No, pero nada tiene de extraño. Cuando llueve se refugian en los cobertizos. Y estas dos noches últimas ha estado lloviendo.

Clive reconoció que era verdad. Y para los asaltantes habría sido fácil no dejar huellas en los senderos, sobre la tierra húmeda. Les habría bastado caminar de lápida en lápida, ya que estaban muy juntas. Por los caminitos había también losas de piedra, siguiendo los márgenes.

Fue de nuevo al cementerio y observó las huellas que habían dejado las llantas de todos los vehículos, aunque sabía que era inútil. Ya no quedaría nada. Por otra parte, las señales de los neumáticos se mezclaban y entremezclaban hasta formar un laberinto.

Decidió investigar en el extraño templo de los anabaptistas de Harlem. Forzosamente tenía que haber sido allí donde introdujeron el segundo cuerpo en el ataúd.

Pero eso lo haría más tarde.

Por la noche.

* * *

El avión le dejó en Washington en una hora. Lo que hacía Clive Murdock era ruinoso, teniendo en cuenta que el Departamento no le abonaría ni un solo dólar por todo aquello.

Fue en un taxi hasta la altura de la Calle Trece, donde vivían los padres de la desaparecida Rose Sims.

Observó la casa desde fuera, antes de entrar.

Era una construcción de planta baja situada entre varios edificios de relativa altura, teniendo en cuenta que en Washington no hay rascacielos, y que se ha querido conservar en ella un cierto aire dulce y decimonónico, de ciudad jardín. Clive vio que primero

había un solar vacío, en el que sin duda construían más adelante un edificio grande. Más allá, al fondo, estaba la casa, que era como un pequeño chalet de escasa categoría. Cuando construyeran el edificio nuevo en el solar delantero, aquella casa quedaría privada de luz y de vistas a la calle. Clive avanzó lentamente, pisando las piedras y la hierba sobre los que los días de sol jugarían los chiquillos.

Ahora todo estaba vacío y silencioso. El tiempo había cambiado desde su último viaje a Washington.

El cielo encapotado amenazaba lluvia.

La parte delantera de la casa de los Sims no daba al solar, sino al lado opuesto. Allí había un caminito de losas que lo separaba de otra torre casi gemela.

Los dos edificios eran viejos y se adivinaba que no tardarían muchos años en ser derribados. Resultaban anacrónicos, casi increíbles, en aquel animado sector de la ciudad.

Clive oprimió el timbre de la puerta. El sonido tintineante se reprodujo entre el silencio largamente.

Nadie abrió.

Clive insistió dos veces más, y al fin se convenció de que no había nadie. Miró hacia la casa frontera.

Un hombre de mediana edad, que barnizaba una silla de estilo junto a una ventana, le miraba también fijamente. Clive fue hacia allí.

El otro abrió la ventana.

—Estaba restaurando este mueble y le he visto. Soy restaurador, ¿sabe? Trabajo para varios museos del país. ¿Es usted policía?

Clive mintió.

—No. Soy periodista.

—Pues creo que es sólo el segundo que viene. La desaparición de esa pequeña llamó poco la atención.

—Precisamente por eso quiero estudiar el caso. Usted es Kovalsky. Sus declaraciones figuran en el expediente.

—Así es. ¿Por qué no entra?

Clive Murdock pasó. La casa estaba materialmente abarrotada de muebles viejos, pero que tenían un evidente valor histórico. Kovalsky los restauraba y les daba un aspecto mejor, garantizando al propio tiempo su duración. Al parecer todos los museos del país le hacían encargos.

Kovalsky era cojo. Avanzó hacia Clive arrastrando su pierna izquierda.

—Siéntese. Comprendo que la casa huele un poco a barniz; a lo mejor le molesta.

—No se preocupe.

—¿Qué quiere saber?

—Usted dijo en sus declaraciones que no había visto a la niña salir de la casa. Y que tampoco había entrado nadie.

—Es cierto.

—La pequeña Rose desapareció de noche. ¿Trabaja usted hasta muy tarde?

—A veces hasta las dos de la madrugada. Padezco de insomnio, ¿sabe? Y la restauración de alguno de esos objetos es tan apasionante que a veces hasta me olvido de la hora.

—¿Siempre está junto a esa ventana?

—Siempre. Y el dormitorio de la niña está enfrente, aunque en el piso superior. Es decir, si se asomaba la veía durante mi trabajo. Muchas noches, durante el verano, tenía la costumbre de abrir la ventana y decirme adiós.

—¿Lo hizo esa noche?

—No. Sólo estuvo junto a la ventana.

—¿Mucho rato?

—Sí, mucho. Me miraba fijamente.

Clive parpadeó.

—Ese es un punto al que la policía no prestó demasiada atención. ¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—Cuando yo me marché aún seguía. Aquella noche me retiré temprano. Debían ser las doce.

—¿Y ella continuaba allí?

—Sí.

—¿En qué postura?

—Yo diría que me miraba. Muy cerca del cristal.

—Pero variaría de posición varias veces, ¿no? Las niñas suelen ser muy inquietas.

—No, no se movió. A veces he pensado en aquel detalle, al que la policía no prestó demasiada atención. Estaba muy quieta.

—Pero ¿no cambió en absoluto de postura? ¿No hizo un movimiento?

—No.

Los dos estaban sentados junto a la ventana. De pronto Kovalsky hizo un movimiento, golpeando el cristal.

—¡Malditas lagartijas!

El pequeño y veloz animal, que asomaba su cabeza por el borde de la ventana, escapó con velocidad meteórica.

—Se crían en ese solar del otro lado de la calle — explicó Kovalsky—. Llevan mucho tiempo sin edificarlo, y aquello es un criadero de pequeños animales. El que estaba aquella noche en la ventana de Rose, casi apoyado en el cristal, era también muy grande.

—¿Cómo dice?

—Que había trepado hasta su ventana una lagartija gigante. Bueno, debía ser lo que en lenguaje vulgar llamamos un dragón.

—Usted no dijo eso a la policía.

—¿Qué importancia podía tener?

—Claro lo comprendo. Tampoco debe tener mucha importancia para mi periódico. Pero reconozco que es curioso.

—El dragón estuvo quieto. Yo lo veía perfectamente. Y me extrañó que la niña no se asustara.

Clive apretó las mandíbulas. Había otra cosa que a él le extrañaba mucho más: Que no se asustara el dragón.

Conocía perfectamente lo asustadizos que son esos animales. Un simple movimiento de la niña, un solo parpadeo, hubiera bastado para que el dragón escapase. Si no lo hizo *fue porque Rose estaba en una absoluta inmovilidad*. Pero ¿cómo era posible una inmovilidad tan absoluta? ¿Y durante tanto tiempo?

¿Qué podía significar aquello?

¿Que Rose estaba muerta de pie?

Clive Murdock sintió un estremecimiento.

CAPITULO IV

La calle de Harlem continuaba tan tranquila y solitaria como cuando él la conoció. Estaba cerca del río que lleva el mismo nombre del barrio, el río Harlem. A la luz de la luna las casas bajas, tranquilas, parecían blancas como los funerales.

Clive avanzó silenciosamente y vio el extraño anagrama que campeaba sobre la puerta de entrada al templo: "Cultos privados". Extrañas familias que querían para ellas y sus hijos un dios exclusivo debían ser los habituales fieles de aquel templo. Ahora, cerrado y silencioso, parecía también una tumba.

Como Estados Unidos son el país de las mil religiones extrañas, no resultaría extraño que aquello estuviese muy frecuentado durante el día. Pero en este momento parecía como si durante siglos nadie hubiera atravesado aquella puerta.

El joven buscó algún lugar por donde saltar. Nada, desde la fachada era imposible.

Siguió la línea de una tapia que venía a continuación del templo, y saltó por ella sin ninguna dificultad. Se encontró en un pequeño solar que debía haber sido jardín en otro tiempo. Ahora estaba lleno de desperdicios y de hierbajos que nadie arrancaba. A la izquierda quedaba una de las paredes laterales del templo, con una puertecilla de metal que debía dar a aquel antiguo jardín.

Clive intentó forzarla, pero no pudo. A pesar de su habilidad, la puerta se le resistió. El modelo de cerradura era nuevo y resultaba de una solidez a toda prueba.

Clive miró entonces las altas ventanas. Podía intentar llegar a una de ellas trepando por un contrafuerte.

Lo hizo. Subió con más agilidad que cuando había trepado para matar a James Gavin. Pronto llegó a la altura de una de las ventanas de vidrios empujados y, rompiendo uno de ellos, pudo abrirla con cierta facilidad.

Penetró en la galería superior de lo que parecía la gran nave de una iglesia, aunque ésta carecía totalmente de estatuas o imágenes y sólo llamaba la atención por su enorme coro.

El silencio era absoluto.

Abajo se veían las hileras de bancos iguales, uniformes, sobre los que descansaba la luz de la luna.

Clive miró hacia allí buscando una sombra, algo que le indicara una presencia humana.

De pronto sintió como si todo el templo hubiese dado una vuelta de campana.

No se dio cuenta de que volaba hasta un segundo después de estar volando. No sintió que alguien le había sujetado por los pies, lanzándole al vacío, hasta que el vacío y él fueron una misma cosa.

Clive no lanzó ni un gemido. Si había sido lo bastante idiota para dejarse sorprender, tenía que aguantarse.

Su enemigo, fuera quien fuera, lo había lanzado con una terrible violencia. Demasiada, porque Clive voló materialmente hasta la mitad del templo. Allí había una lámpara lo bastante baja para que tratara de sujetarse a ella, haciendo una pirueta en el aire.

Todos los músculos de Clive parecieron romperse cuando se tensó hacia arriba. Durante algunos segundos pareció como si sus dedos no fueran a poder resistir el peso de todo el cuerpo, al asirse a la lámpara por un solo extremo.

Pero los dedos aguantaron, y la lámpara también. Clive se dio cuenta de que hacía un movimiento pendular de un lado a otro, como si formara parte de la maquinaria de un gigantesco reloj.

Se hubiera matado caso de caer sobre los bancos. Ahora, en cambio, tenía posibilidades de saltar y no romperse nada, si le acompañaba la suerte.

Vio confusamente a su enemigo en la baranda de piedra de la galería. Era un tipo alto, cuadrado, vestido de negro. Llevaba el rostro cubierto por una máscara también negra.

En la soledad del templo bañado por la luz de la luna, el efecto que producía aquel fantasma era como para helar la sangre en las venas.

Pero lo que a Clive le heló realmente la sangre fue ver que el otro sacaba una pistola de largo cañón. Aquella extraordinaria longitud del tubo sólo podía corresponder a un silenciador acoplado.

No aguardó al disparo. Se dejó caer.

La bala silbó inútilmente por el centro del lugar que antes había ocupado su cuerpo. Clive cayó entre dos bancos, se torció un tobillo y contuvo un gemido de dolor, mientras se agazapaba para no hacerse visible y evitar nuevos disparos.

Llevaba su revólver reglamentario, pero no quería usarlo. Cualquier estruendo podía sembrar la alarma. Lo que menos le

convenía era la presencia de la policía allí y en aquellos momentos, porque entonces sí que era seguro que no averiguaría nada.

El hombre que estaba arriba disparó tres veces más, siguiendo la línea de los bancos, aunque no veía a Clive.

Este permaneció agazapado. Si se movía y era visto no tendría la menor posibilidad de salvarse, porque su enemigo disponía de un magnífico ángulo de tiro. Tenía que esperar a que el otro se moviese.

Pero no se movió. Siguió vigilante, con la pistola a punto, una pistola en cuyo cargador aún quedaban cuatro balas.

Y de pronto alguien encendió las luces. Todo el templo quedó bañado por una claridad lechosa.

El hombre de la pistola lanzó un rugido al ver a Clive, mientras éste levantaba materialmente un banco por encima de su cabeza. La gruesa madera evitó el impacto directo. Varias astillas salieron despedidas, mientras la bala se comía parte del asiento.

Unos segundos después Clive ya estaba parapetado tras una de las columnas mientras dos balas más le buscaban inútilmente. Sacó su revólver no para disparar, sino para que si alguien le veía supiese que iba armado.

Desde otro lado del templo dispararon ahora, y también con silenciador. La bala se llevó esquirlas de la columna, junto a la cabeza de Clive. Este se dejó caer a tierra, como si hubiera sido alcanzado.

No pensaba fingirse muerto, porque sabía que esa treta ya era inútil. Le balearían a distancia, antes de acercarse.

Lo que hizo fue reptar por el suelo, buscando alejarse de aquel lugar, mientras oía pasos precipitados.

Al menos eran dos los que le buscaban. Pero seguramente debía haber otros en distintos lugares del templo.

Y éste era pequeño. Y no había estatuas tras las que ocultarse. ¡Y pronto estaría acorralado, si no lograba escapar!

Pegado a la pared, Clive fue siguiendo toda la longitud de la nave hasta llegar a una puerta de madera labrada. Aquello debía dar a la sacristía o a lo que hiciese las veces de sacristía en aquel extraño templo.

Empujó.

Se dio cuenta de que iba a morir cuando notó que aquel fino

cordón se ceñía a su cuello. Le habían estado aguardando tras la puerta, sabiendo que vendría allí, e iban a eliminarle sin ruido.

Dejó caer el revólver para no tener que usarlo. En lo posible seguiría el juego tal y como se lo habían planteado: lucharía en silencio. Su pie derecho clavó el tacón salvajemente en el tobillo de su enemigo, que lanzó un aullido de dolor. Clive no podía verlo porque lo tenía a su espalda y porque además sus ojos se habían nublado a causa de la presión terrible que sentía en el cuello, pero se dio cuenta de que se estremecía brutalmente.

Un nuevo taconazo en el mismo sitio le hizo bambolearse. Clive tendió los brazos hacia atrás, sujetó a su enemigo por la nuca, inclinó el cuerpo y tiró de él hacia delante, proyectándolo contra el otro lado de la habitación.

El cordón que le estaba ahogando fue soltado inmediatamente.

El individuo rebotó en la pared y cayó al suelo, después de dar dos vueltas, mientras resoplaba como un bisonte. Clive se frotó el cuello y trató de hacer llegar aire a sus pulmones, inhalándolo angustiosamente.

No esperó a que su enemigo se recuperara.

Era un tipo grueso y con tipo de "docker" de los muelles. No se podía perder el tiempo con él.

Un punterazo al mentón lo dejó medio "groggy". Clive le sujetó por los cabellos, lo levantó un poco y le golpeó dos veces en la nuca con el canto de la mano. El otro se deslizó hasta el suelo como una cosa blanda y sin fuerzas, exactamente igual que un muerto.

Y podía serlo. Clive no tenía tiempo ahora para detenerse en averiguaciones.

Recogió su revólver y se colocó a un lado de la puerta, mientras oía pasos rápidos que se acercaban al lugar.

Otro hombre parecido al primero entró en tromba. Era un tipo de unos treinta años, de facciones de simio.

Clive movió la culata de su revólver mientras decía, imitando el sonido del metal:

—¡Planc!

La nuca del otro pareció estallar al recibir el impacto. Cayó de bruces, con los ojos vidriosos, y su propio impulso le hizo llegar hasta el otro lado de la habitación.

Clive guardó su propio revolver y cogió el silenciador que el otro

llevaba en la derecha.

Al menos quedaba allí un enemigo, y para Clive Murdock había sonado la hora de la caza.

Abrió la puerta y se coló otra vez en el templo, deslizándose como una sombra. Desde su nuevo puesto estudió las zonas donde su tercer enemigo podía ocultarse. Calculó que aún debía estar en el piso superior.

De pronto oyó pasos en una de las escaleras de piedra.

Con todos los músculos en tensión, preparó su pistola. Lo vio bajar. El otro le vio también.

Lanzó un rugido, mientras se preparaba para el disparo. Perdió en eso demasiado tiempo.

Clive apretó el gatillo una sola vez y le perforó la frente.

No había querido exponerse a dejarle herido, porque él también estaba descubierto y expuesto a una bala si el otro llegaba a disparar. Lo vio caer pesadamente, con un "proof" sordo y lento. No necesitó más de una ojeada para darse cuenta de que estaba muerto ya en el instante de caer.

Penetró de nuevo en la habitación que hacía las veces de sacristía. Pero ahora se dio cuenta de que ésta era en realidad una especie de salita de reuniones. Había unas cuantas butacas y unos armarios. Tampoco una sola imagen, como parecía ser normal en aquel extraño templo.

Clive reunió a los dos hombres a los que acababa de dejar sin sentido, y sentó a cada uno en una butaca. Con sus propios cinturones los sujetó a las patas de ésta, de modo que no pudieran escapar si no era arrastrando el mueble.

Comprendió que aún tardarían en recobrar el sentido. Mejor.

No trató de reanimarlos porque antes quería registrar el local. Podía haber allí muchas cosas que le interesaran.

Empezó por los armarios.

Había tapices, muchos tapices, algunos de ellos de gran valor, y los cuales debían servir para adornar el templo en ciertas solemnidades. Pero no encontró documentos ni nada que tuviera un especial interés.

Buscó en el segundo armario.

Había un cajón con listas de familias y de fieles aislados que solían asistir a los cultos de aquella secta. Por las menciones que

seguían a algunos de aquellos nombres, Clive se dio cuenta de que correspondían a comerciantes de la vecindad. Tampoco aquello le llevaba a ningún sitio.

Abrió el tercer armario.

Y allí sí que encontró cosas.

Por ejemplo, unas piernas de mujer. Unas piernas como para caerse muerto, sin falda encima.

Y el rostro de la chica.

Y sus labios.

Y una sensación dulce, inquietante, mórbida, cuando ella cayó en sus brazos pesadamente.

CAPITULO V

A Clive Murdock le fastidiaba bastante que las chicas de ese calibre con las que se tropezaba estuvieran muertas, pero ahora no tuvo ocasión de gruñir.

Porque la chica estaba viva.

Y fragante.

Y todo lo demás.

Quizá para amedrentarla y que no pudiera huir, la habían semidesnudado. No llevaba encima más que las medias, una pequeña pieza que cubría su parte más íntima y unos sostenes. Era evidente que así no podía escaparse. También le habían atado las manos a la espalda.

Estaba desmayada. Clive la sostuvo en sus brazos durante largo rato, mientras la recordaba.

¡Claro que la recordaba!

Era la pájara que estaba en el depósito de cadáveres cuando él fue allí para hacerse cargo del cuerpo de Johnny Diccenta. Era la maniquí sensacional a la que sentaba bien el luto. Y si vestida le caía de perlas, con lo que ahora llevaba le caía muchísimo mejor.

Clive vio que aún tenía la pistola con silenciador en la mano derecha.

La dejó sobre una mesita.

Había guardado ya su calibre 38, y así le quedaban las manos libres para sostener a la chica. Porque no hay nada peor que tener las manos ocupadas cuando uno se dedica a tan delicadas tareas.

La sentó sobre el tercer sillón que había en la pieza y trató de buscar una botella o algo de licor para poder reanimarla. Aunque lo más fácil era que la muchacha estuviera medio asfixiada a causa de su prolongado encierro en el armario.

No encontró nada. Volvió la cabeza y entonces se dio cuenta de que la chica acababa de recobrar el conocimiento. Le estaba mirando.

Clive se acercó a ella.

—¡No me toque!

—No voy a comerte, nena, aunque la verdad es que empiezo a sentir apetito. ¿Cómo te encuentras?

—¿Quién es usted?

—Me conoces sobradamente, pequeña, Soy Clive Murdock, agente especial del F. B. I. Estaba en el depósito de cadáveres cuando nos llevamos a tu idolatrado Johnny.

—Ya... ya le recuerdo.

—Perfecto, muchacha. Y ahora vas a hablar. Vas a decirme por qué estás aquí, y qué ha sido del cuerpo de tu maravilloso Johnny. Vas a cantar sin música todo lo que sepas.

CAPITULO VI

Ella entornó los párpados y cruzó las piernas. Ni aun así perdía la coquetería, la muy maldita. Era una de las mujeres más turbadoras, más diabólicamente hermosas que Clive había visto jamás.

—Primero me desatarás las manos, ¿no?

—Es natural... Perdona, no lo recordaba. Viendo lo ¡que tienes abajo, uno no piensa en lo que tienes arriba.

La hizo volverse y la desató. La chica tenía las muñecas muy doloridas. La habían atado con un cordón fino, muy semejante al que quisieron emplear con él para estrangularle.

Ella se frotó las muñecas suavemente y luego volvió a sentarse. Era evidente que aún no estaba recuperada; que le costaba mantenerse en pie.

—Aún no sé cómo te llamas —susurró Clive—. Empieza por ahí.

—Me llaman Jackie.

—Muy bien, Jackie; cuenta a Papá Noel cómo es posible que llegaras a parar aquí.

—Me raptaron.

—¿Quién?

—No les vi bien, pero uno de ellos era ese. El de la izquierda.

Señalaba con el mentón a uno de los caídos, precisamente a aquél que había tratado de estrangular a Clive. Este hizo un signo afirmativo, mientras esperaba que ella continuase.

—Yo vivo sola. No les resultó difícil, porque me sorprendieron dormida. Me trajeron aquí en una furgoneta negra.

—Mientes, nena.

—¿Yo? ¿Por qué?

—A ti no te sorprendieron dormida. Supongo que antes de meterte en cama te quitas al menos las medias.

Ella no se inmutó demasiado ante la evidencia. Sólo se miró las

piernas y lanzó un gritito.

—¡Oh, pero si no puedo ir así! ¡No me había dado cuenta! Deme algo para que me cubra, polizonte.

Clive apretó los labios.

—Me parece muy razonable, nena, pero luego tú y yo vamos a estar hablando dos horas.

—Todas las que tú quieras, cariño. Y te explicaré lo que hago cuando me voy a la cama. Así descubrirás el misterio.

Clive se volvió para buscar uno de los tapices que había visto antes. Al menos para que la chica se cubriera, serviría.

No vio que ella tomaba la pistola con silenciador que antes había dejado encima de la mesa.

Tampoco vio cómo ella le apuntaba al centro de la espalda.

—Adiós, amor —dijo suavemente Jackie.

Y apretó el gatillo.

CAPITULO VII

Clive estaba volviéndose, con lo que tenía pretensiones de ser una grata sonrisa, mientras murmuraba:

—Creo que esto te cubrirá bien, precio...

No pudo terminar.

Inmediatamente se echó a un lado, con velocidad vertiginosa, pero no pudo evitar que la bala se le llevase parte del costado izquierdo de la americana y, lo que era peor, parte de su piel. La rozadura, dolorosísima, le hizo encogerse.

Aquella amable jovencita llamada Jackie fue a disparar otra vez.

Bruce tumbó la mesa sobre ella. Si Jackie no hubiera estado haciendo ya tan magnífica exhibición de piernas, la que hizo a continuación, al rodar mesa y ella con las extremidades en alto, hubiera podido ser calificada de sensacional. Pero Bruce no pudo entretenerse en admirar el espectáculo porque ella tenía una pistola en la mano, y eso era más importante que sus bonitas piernas.

Jackie ya no disparó más. Toda su preocupación pareció consistir en llegar a la puerta y huir cuanto antes.

Normalmente Clive la hubiera alcanzado. Saltos mucho más largos había dado en su vida, pero ahora sus músculos no respondieron. Tuvo que saltar encogido, a causa del dolor, y se quedó a medio camino. Rodó por el suelo mientras ella abría la puerta.

En sólo unos segundos la muchacha desapareció. Clive Murdock quedó en el suelo, sin atreverse a moverse en el primer instante, mientras el dolor le cortaba el aliento.

—Maldita... ¿A dónde infiernos vas a ir con esa ropa?

Pero, al mirar en torno suyo, se dio cuenta de que Jackie acababa de llevarse el tapiz que él precisamente pensaba darle. Cubierta con aquello, podría salir a la calle. Y cualquier taxista de Nueva York la llevaría a donde ella pidiese, con el taxi a cuestas incluso.

Tenía que resignarse. Con aquella herida en el costado, ya no la capturaría.

Se palpó la americana. Estaba brotando sangre. Notaba que la bala había pasado entre dos costillas y aunque la herida no era grave, resultaba terriblemente dolorosa.

Necesitaba que alguien le atendiese, o la pérdida de sangre llegaría a ser peligrosa. Buscó un teléfono, pero entonces pensó que podía tener complicaciones por haber allanado nada menos que un templo.

Sería mejor que llegara a un hospital por su propio pie.

Había un muerto, quizá dos, en el recinto, y él tendría que dar demasiadas explicaciones. Todo podía irse al diablo si la Prensa intervenía y aireaba el asunto.

De modo que, maldiciendo en voz baja, tuvo que confesarse que ya nada más sacaría de allí. Se apretó la herida con las manos, miró a los dos individuos que estaban sin sentido, para recordarlos siempre, y salió del templo por la puerta principal, que estaba entreabierta.

Sin duda Jackie había escapado por el mismo sitio. La llave estaba puesta en la cerradura por la parte interior.

Tuvo que descender hasta las inmediaciones de Central Park, con las dos manos apretadas sobre la herida, para encontrar un taxi. Dio la dirección del doctor Grinwold.

El doctor Grinwold vivía al otro extremo de la ciudad, cerca de Washington Square, donde comienza Greenwich Village. Tenía por misión curar a un federal siempre que éste se lo pidiera, y no hacer ninguna clase de preguntas. Ni siquiera gruñó cuando Clive Murdock le hizo levantarse de la cama.

—Una rozadura —dictaminó—. Has tenido suerte, porque la bala ha quedado empotrada. Pero no podrás moverte en una semana.

—¡Una semana!

—Justo. A menos que quieras ir encogido como un inválido. Todos los músculos de tu costado izquierdo se han replegado mecánicamente, para no tirar de los bordes de la herida. Tardarán en recobrar su elasticidad normal.

Clive apretó los labios.

—Bueno, ¿qué remedio?

Pero en una semana las pistas se irían al infierno. Todo lo que había conseguido se esfumaría. Siete días de inactividad eran

demasiados para un caso que, al parecer, se complicaría más a cada minuto.

—Tienes que hospitalizarte —dijo el médico—. Tú dirás dónde.

—¿Hay alguna clínica donde nadie pregunte nada?

—La mía.

—Vamos allá.

Clive Murdock pasó veinticuatro horas sin apenas poder abrir los ojos. Una infección local, que luego se generalizó, le produjo una terrible fiebre.

Al fin, al segundo día se fue sintiendo mejor y pudo abrir los ojos.

Tuvo una sorpresa. Dos tipos estaban al borde de su cama, esperando a que despertase.

No eran médicos. Uno de ellos era el importante Ramsay, jefe de Clive Murdock, a quien éste había visto por última vez en Washington. El otro era un individuo alto, delgado, con aspecto bilioso, que vestía irreprochablemente. Clive recordaba haber visto su foto en algún sitio, pero no podía precisar dónde.

Ramsay quiso improvisar una sonrisa cariñosa y lo único que hizo fue enseñar unos dientes de perro que se dispone a morder.

—Vaya, vaya... Nuestro jovencito se ha puesto en movimiento otra vez. ¿Y qué, Murdock? ¿Muchas emociones?

—Váyase al infierno, Ramsay.

—Usted y yo tenemos que hablar, Murdock. Por cierto, le presento al senador Stewart.

Ahora recordaba Murdock por qué motivo había visto su foto.

—El senador —siguió diciendo Ramsay— forma parte de una comisión que estudia las vulneraciones contra la libertad religiosa en Estados Unidos.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Hablemos claro. Se ha presentado una denuncia contra usted, Murdock.

—¿En qué sentido? ¿He dejado mal aparcado el coche? ¿Me he comido el ligero de alguna dama?

—Entró por la fuerza en un templo y mató allí a un hombre. Los anabaptistas de Harlem son sólo una secta, de acuerdo, pero están amparados por la Constitución de nuestro país. ¿No se da cuenta de lo que ha hecho? Precisamente el senador Stewart se verá obligado

a abrir una investigación, para poder responder a las interpelaciones de sus compañeros.

Clive tragó saliva. Ya no le dolía la herida, ya no le dolía nada. Sólo sentía un infinito cansancio, al pensar en las facilidades que los delincuentes encontraban en su país. De modo que encima era él quien se veía envuelto en un lío...

—Mire, Ramsay —murmuró—, acabo de recobrar el conocimiento. Mi último pensamiento fue llamarle para decirle que otro hombre continuara la investigación.

—Pero ¿es que hay algo que investigar?

—¡Infiernos no entré allí de visita! ¡Tenía pruebas de que algo muy importante se ocultaba en aquel lugar! ¡Antes de que yo apiolara a alguien, quisieron apiolarme a mí!

—Todo esto es muy confuso. A ver, explíquese.

Clive Murdock contó todo lo que sabía. Los puntos esenciales de lo que pensaba eran:

Uno: un segundo cuerpo había sido introducido en el ataúd de Johnny Diccenta, mientras éste se encontraba en el interior del templo de los anabaptistas de Harlem.

Dos: alguien había tenido interés en robar el cuerpo de Johnny Diccenta, por la causa que fuese.

Tres: se había encontrado con la sorpresa de dos cadáveres en lugar de uno.

Cuatro: él sospechaba que la persona que abrió la sepultura era Jackie, la antigua amigueta de Johnny Diccenta, la cual fue probablemente ayudada por alguien.

Quinto: o Jackie estaba en combinación con los del templo anabaptista o éstos la habían raptado.

Sexto: fue ella la que le dejó aquella caricia que aún conservaba en el costado izquierdo.

Ramsay y el senador Stewart le escuchaban en silencio. Al fin fue Ramsay el que hizo un gesto de duda.

—Todo eso es muy confuso, amigo. ¿Y qué tiene que ver con el asunto de Rose Sims, la niña que desapareció?

Clive cerró un momento los ojos.

¡Dios! ¿Cómo podía él saberlo? ¿Cómo compaginar todo aquello con el caso de una niña, que pareció seguir de pie después de muerta?

—No lo sé —confesó—. Me gustaría aclararlo, pero no puedo.

—No puede porque todo esto no tiene aclaración posible.

—¿Es que no va a investigar, Ramsay?

—Precisamente lo que yo deseo es que se investigue — masculló Stewart—. En el Senado hay mucha gente que se considera ofendida cada vez que ocurre algo en un templo, aunque este sea de una secta.

El importante Ramsay hizo un gesto nervioso, pidiendo por favor a Stewart que se calmase.

No se sabía bien por qué, aquella antes tranquila habitación de clínica se había cargado de un ritmo febril, de una inquietud que no podía definirse.

—Se lo ruego, Stewart... Usted y yo hemos llegado a un acuerdo entre caballeros. El F. B. I., al fin y al cabo, es un organismo que depende también de la política del país. No queremos líos. Vamos a matar este asunto con tal de que no trascienda lo que Murdock hizo.

Clive se mordió el labio inferior.

—¿Qué quiere decir, Ramsay?

—Que se metió usted en un lío, y lo mejor es que no siga enterrándose en él.

—¿Ha pensado en que me dispararen?

—¿Y ha pensado usted en que pudieron tomarle por un ladrón?

—¡Había una chica semidesnuda dentro de un armario!

—Usted siempre encuentra chicas semidesnudas, Clive.

—¡Diantre, esta me atizó!

—Muy bien. ¿Y dónde está ahora ella?

Clive Murdock se quedó cortado. Cierto, ¿dónde estaba? ¿Qué condenada prueba tenía él de todo aquello?

—Reconocería que robaron el cadáver de Johnny Diccenta — dijo, cambiando la dirección de sus tiros.

—Claro que lo reconozco. Eso se está investigando, aunque no nos ocupamos nosotros por no ser delito federal. El asunto está a cargo de la Policía Metropolitana.

—¿Y el cadáver que estaba allí dentro y que desapareció también? ¿Va a olvidar ese detalle?

—¿Quién ha visto ese cadáver, Murdock? ¿Usted?

Clive cerró un momento los ojos.

Sentía vértigo.

—No, no lo he visto — susurró.

—Sólo creyó notar una diferencia de peso.

—Sí.

—Una apreciación demasiado vaga para fundamentar en ella un jaleo como el que usted ha armado, comprendiendo la violación de un templo y la muerte de un hombre.

—Desde su punto de vista, comprendo que es verdad.

—Mi punto de vista tiene que ser el suyo, Clive Murdock. No le queda más remedio que aceptarlo o irse. Y dé gracias a que el senador Stewart es una persona comprensiva y no ha querido llevar las cosas más allá. Cuento con su promesa de un silencio discreto a cambio de que el asunto no vuelva a moverse y usted permanezca quieto. Siento tener que decirle que durante todo este mes no gozará usted de ninguna autoridad, Clive. Será como si le hubiéramos retirado su placa.

—Será mejor que se la lleve —dijo él con desprecio.

—Eso haré. Y le retiraré también, hasta nueva orden su "calibre 38". Cualquier arma que usted emplee durante estos días puede significar tenencia ilícita, Murdock. Piénselo antes de moverse.

Clive gruñó:

—¿Y quién se mueve?

Los dos hombres salieron silenciosamente de la estancia.

* * *

Clive Murdock no dejaba de comprender que su jefe tenía razón. El había puesto al Departamento Federal en un buen conflicto. Tenían que justificar del modo más correcto posible la muerte del hombre a quien él tuvo que liquidar en el templo. Tenían que justificar también su intromisión en el lugar, y dejar las cosas muertas para no provocar en el Senado un debate de imprevisibles consecuencias. Verdaderamente Ramsay tenía muy pocos motivos para pensar que la vida es maravillosa.

Pero Clive aún tenía menos.

Tres días después de su ingreso en la clínica pudo levantarse, y al cuarto le fue permitido salir a la calle. La clínica estaba en la calle Cincuenta y Tres, entre la Octava y Novena Avenida. Era un lugar tranquilo. Cuando él salió, los empleados que iban al trabajo tomaban sus desayunos en los establecimientos baratos de la

Novena Avenida. Las pilas de periódicos de la mañana, situados ante los quioscos pequeños y verdes, desaparecían con increíble rapidez.

Clive compró uno de ellos.

Ni palabra del suceso en el templo anabaptista. Nada tampoco del extraño ataúd donde no había ningún cadáver.

Clive entró en un establecimiento que estaba cerca del "Hotel Manhattan". Tomó una limonada natural mientras revolvía en sus bolsillos.

Naturalmente, había tenido que cambiarse de traje, porque el otro estaba agujereado por la bala. La herida no le dolía ya, pero le molestaba si giraba bruscamente el cuerpo.

Vio la lista que le habían dado en Washington, la de las personas desaparecidas últimamente. La repasó de una manera maquinal, fijándose en las circunstancias que figuraban detrás de cada nombre.

Un muchacho de diecisiete años en la Avenida Once, no lejos de allí. A la altura de la Calle Cuarenta.

Clive pagó y se fue.

La casa que buscaba constaba de una sola planta. Tenía un aspecto tranquilo y apacible. En los bajos había dos tiendas, ambas muy modestas. Una vendía artículos de goma, y la otra una librería donde se amontonaban novelas, todas las cuales tenían en su portada una señora en "deshabillé".

La escalera, en el centro, comenzaba por una especie de túnel largo y oscuro.

En el piso donde había vivido el muchacho nadie contestó. El timbre sonó larga y lúgubrementemente en el apartamento vacío.

Como le había ocurrido en Washington, alguien le observaba desde la puerta contigua. Esta se hallaba entornada solamente. Un hombre en camiseta se rascaba la pelambrera con una mano mientras en la otra sostenía una edición atrasada del "New York Times".

—¿Qué quiere, amigo? Es inútil que llame ahí. Todos trabajan.

—Soy un periodista.

—No vendrá por lo de Ricky...

—Justo. Vengo por lo de Ricky, el muchacho que desapareció.

—La gente ya se ha olvidado de eso.

—Mi periódico, el "Washington Post", desea hacer un reportaje general sobre algunas de las personas desaparecidas este año y que no han sido halladas. ¿Qué sabe usted de Ricky? ¿Había algún secreto en su vida?

La pregunta, falsamente ingenua, interesó al hombre.

—Pase.

El tipo era un jubilado, al parecer. Le confesó que se aburría. Clive y él entraron en una sala que daba a la parte posterior del pequeño piso, y que sobresalía ligeramente sobre el apartamento vecino.

—Esa era la habitación de Ricky —dijo el hombre, señalando una de las ventanas—. Se ve claramente.

—Sí, ya me doy cuenta.

—Como por la mañana me puedo levantar tarde, por la noche me acuesto tarde también. La noche en que Ricky desapareció, yo lo vi durante mucho rato. Desde ahí, desde ese sillón donde está usted ahora. El andaba a vueltas con los prismáticos, como siempre.

—¿Qué prismáticos?

—Lo de Ricky era cosa de chiquillos, hay que comprenderlo. A los diecisiete años, uno de esos muchachuelos vive sólo de su imaginación. ¿Ve aquella ventana? —señaló al otro lado del patio interior—. Bueno, pues corresponde a una pensión donde sólo viven artistas. Por las noches si uno tiene unos buenos prismáticos, las ve desnudarse.

—¿Y eso era lo que hacía Ricky?

—Ujú. El chaval lo pasaba bomba.

Clive dedujo que debían ser dos a pasarlo bomba, pero se calló.

—¿Qué hizo Ricky aquella noche?

—Estuvo mucho rato en su ventana con los prismáticos. Había una artista nueva y más descarada que las otras.

—Vaya...

—Llevaba una combinación rosa.

—¿Usted cómo lo sabe?

—Es que uno, modestamente, y sin querer perjudicar a nadie, tiene también sus prismáticos, amigo.

Los sacó. Eran unos cacharros que permitían ver la costa atlántica desde las orillas del Pacífico.

—¿Los empleó Ricky mucho rato?

—Más de media hora.

—¿Siempre mirando al mismo sitio?

—Siempre. Y me extrañó un poco, la verdad, porque la chica ya se había retirado de la ventana y él seguía mirando. No sé qué veía.

—¿Qué hizo usted?

—Me fui a la cama aburrido y él seguía quieto con los prismáticos en las manos, sin moverse.

Clive parpadeó. Antes de expresar sus pensamientos decidió hacer una prueba.

Tomó los prismáticos del hombre y estuvo largo rato mirando en una misma dirección, sin moverse. Los ojos y los brazos se le cansaron, sobre todo los ojos. Cuando ya la postura se le hizo casi insoportable, retiró los prismáticos y miró su reloj.

Había estado así justamente siete minutos.

—¿Y dice que Ricky se pasó media hora?

—O más.

—¿Sin moverse?

—Ni una pulgada. Yo, precisamente, estaba extrañado. Me preguntaba qué miraría con tanta atención, si en las ventanas ya no había nada.

—De modo que permaneció quieto... como si estuviera muerto de pie.

El otro hizo un gesto de sorpresa.

—Hombre, es una comparación, que no se me había ocurrido. No se me había ocurrido por absurda. Pero es así, si examinamos detalladamente la cuestión. Ricky permaneció tan quieto como un muerto. Oiga..., ¿qué es lo que está usted pensando?

Clive, en realidad, no pensaba nada. Quizá nunca había tenido la mente tan vacía como en estos espantosos momentos.

¿Podía alguien morir y *seguir de pie*?

¿En qué clase de mundo absurdo, siniestro, sin sentido, estaba él a punto de penetrar?

Se puso en pie. El jubilado había dejado caer el periódico.

—¿Qué le sucede, amigo? ¡Ni que se le hubiese muerto la querida!

—¿Tenía Ricky amigos? Quiero decir personas mayores, que no correspondieran a su edad.

—No. Sólo frecuentaba el trato de los chicos de su edad y de las

muchachas que podía.

—¿Alguna manía especial?

El hombre se pasó otra vez la mano izquierda por la pelambrera. Reflexionó durante largos instantes.

—Bueno, sí, como manías tenía algunas. Lo que más me llamó la atención era que estuviese suscrito a una revista de espiritismo. ¡El, un chico sano y con toda la vida por delante! Lo sé porque una vez, por equivocación, el cartero depositó el número en mi buzón y yo tuve que devolvérselo.

—¿Recuerda cómo se llamaba esa revista?

—Sí. Algo así como... "Los espíritus y nosotros".

—Ya es una afición rara para un chico... Bueno, amigo, muchas gracias. Ha hecho usted un gran favor a la Prensa del mundo libre.

—¿No quiere quedarse un rato más?

—¿Para qué?

—Las artistas se levantarán dentro de poco. Ellas saltan de la cama bastante tarde, y entonces se visten. Aquí tengo dos sesiones diarias.

—Okey, amigo. Todas para usted.

Clive salió de allí, y lo primero que hizo fue buscar un teléfono y pedir una comunicación con Washington. Hizo que le pusieran con Markam, uno de los capitostes de los archivos del F. B. I. Dijo que le interesaba saber inmediatamente si Rose Sims, una muchachita desaparecida poco antes, estaba suscrita a una revista titulada "Los espíritus y nosotros".

—Muchacho, eso es difícil. No consta en nuestros archivos.

—Entérate. Yo espero.

—Lo que se me ocurre es preguntarlo directamente a sus padres. Aguarda y te diré algo.

Estuvo unos minutos despegado de la línea. Luego Clive volvió a oír su voz.

—Te están comprobando ese dato. Mientras, te diré que conozco la revista. Es muy seria, a pesar de su título, o trata de serlo. La edita una asociación que estudia los fenómenos religiosos en nuestro país: clases de creencias, religiones no clasificadas, aberraciones de la fe, etc... Pero ¿para qué quieres que lea eso una niña?

—Pudo interesarse por eso. Los jóvenes hacen muchas cosas que

tienen sentido, pero que la gente mayor no comprende. Venga, desembucha todo lo que sepas.

Al otro lado del hilo, la voz gruñó:

—Tenías razón, estaba suscrita. Me lo comunican ahora mismo. Recibía la revista regularmente y la leía de pe a pa.

Clive susurró:

—Gracias.

Colgó lentamente, mientras una profunda arruga se marcaba entre sus dos ojos.

Ya había tres nexos de unión muy concretos entre ambos desaparecidos. Los dos eran jóvenes, los dos parecían haber muerto en pie y los dos estaban suscritos a la misma revista. Pero que matasen a Murdock si había algo que tuviera sentido en todo aquello.

Clive caminaba pensativamente por la calle cuando un coche se detuvo bruscamente junto a él.

"Ya está —gruñó Johnny—. Y esta vez no he saltado a tiempo. Seguro que van a apiolarme..."

Miró hacia el coche.

Era un "Pontiac" color chocolate cuya portezuela izquierda acababa de abrirse. Por ella salían unas piernas del calibre máximo. Clive las reconoció inmediatamente, porque siempre decía que, en cuestión de piernas, era la mar de "fisonomista".

—Fanny...

—Hola, maldito.

Fanny era la ex secretaria del muy importante, muy rico y muy difunto James Gavin. Por lo visto había progresado, la muy pájara. El bolido último modelo que llevaba costaba un riñón.

—Hola, Clive. Te he visto y he pensado que sería bonito llevarte a dar un paseo.

—De acuerdo, pero prohibido tocar. Estoy en baja forma.

—Prometo respetarte. Ya me hago cargo de que eres un chico tímido.

Siguieron hasta la Avenida Doce, la remontaron y luego ascendieron a poca velocidad por Riverside Drive. Fanny conducía bien, y además sabía subirse la falda con gracia hasta más arriba de la rodilla. Clive no se dio cuenta de que habían pasado el Memorial de Grant y de que seguían subiendo hasta que ella frenó

suavemente a un costado del parque.

—Íbamos a salir de Manhattan —susurró—. Pero ya he visto que tú sólo estabas atento a mis piernas.

—Sí, sí, pero con lo que he visto apenas he podido hacerme una idea. Si tú fueras tan amable de dejarme ver un poco más arriba, con fines puramente científicos...

—Menos cuento. Sé de sobra que no te lías con ninguna mujer. Quiero decir liarte en serio. En el sur estuvieron a punto de cazarte, pero siempre te escabulles.

—Y siempre procuro dejarles buen sabor de boca — musitó él.

—¿Qué haces para conseguirlo?

—Les regalo un tubo de dentífrico con sabor a menta.

Ella le echó los brazos al cuello delicadamente, suavemente, es decir como si quisiera estrangularlo.

—A ver, cariño, a ver si eso de que besas bien es también un cuento.

—No me compliques la vida, Fanny. Primero quiero saber quién te ha pagado este cacharro.

—Ahora trabajo en un nuevo sitio.

—¿De secretaria?

—Sí, cariño mío.

—¿De las que se sientan en las rodillas?

—Sí, cariño mío.

—¿En las rodillas de quién?

—Aún no lo sé.

—¿Cómo?...

Otra vez Clive sentía vértigo.

—No me dirás que tu sobón de turno es un sobón fantasma.

—Pues como si lo fuera. Aún no lo he visto.

—¿Dónde trabajas?

—En una asociación que edita una revista religiosa pero de tipo muy especial. Espiritismo, estadísticas sobre creencias no oficialmente controladas y todo eso. Ganan mucho dinero, porque esos temas interesan a los lectores de nuestro país, sobre todo a las mujeres de mediana edad.

—La revista... ¿se titula "Los espíritus y nosotros"?

—Sí.

—¿Y no conoces a tu jefe?

—Es uno de los consejeros, pero no viene nunca.

—Al menos te habrán dicho su nombre.

—En la sección de "Consejeros" sólo trabajamos tres personas. Ninguna de ellas lo hemos visto jamás.

—¿Y qué clase de trabajo haces tú para un tipo a quien no ves nunca?

—Clasifico una especie de consultorio muy complicado. La revista recibe infinidad de cartas. Muchas de ellas, las que me parecen interesantes para que las conteste el consejero directamente, se las envío.

—¿A dónde?

—A una casa situada cerca de la autopista de Filadelfia. ¿Pero por qué preguntas tantas cosas, Clive? ¿Qué tiene que ver eso?

—Es muy importante que me contestes, Fanny. ¿Has estado alguna vez en aquella casa?

—No.

—¿Cómo contesta él las cartas?

—Las envía directamente a los lectores. Siempre son sobre temas de moral o de conducta religiosa, pero entiendo la religión en un sentido muy abstracto.

—¿Y por hacer sólo eso te pagan un coche tan sensacional?

—Es que tenía ahorros, mi vida. James Gavin era un hombre generoso.

Le puso los labios muy cerca, unos labios que ya estaban casi haciendo "Mua, mua". Clive iba a besarlos cuando de pronto vio algo.

Un coche se acercaba a poca velocidad. Iba inequívocamente hacia ellos. Tres hombres viajaban en él.

Clive susurró, sin soltarla, como si no hubiera visto nada:

—Pasa al otro lado, muchacha... ¡Pronto!

El mismo tiró de Fanny, haciéndola pasar por encima de su cuerpo. Inmediatamente se puso al volante y entró rapidísimamente la primera velocidad, mientras soltaba ya el embrague. El coche, que tenía el motor al ralentí, arrancó con una sacudida.

Fue oportuna, porque la ráfaga de metrallera pasó justamente por el sitio donde antes habían estado las ventanillas delanteras.

Clive dibujó con las ruedas un velocísimo zig-zag, para esquivar la próxima ráfaga, y rodó a toda velocidad que pudo, descendiendo

ahora por Riverside Drive. Suponía que los fulanos del otro coche no se atreverían a disparar otra vez cuando entrasen en zona más habitada.

Fanny lanzó una especie de gemido.

—Pero ¿qué ocurre, Clive? Seguro que es por culpa de otra mujer, ¿no?

—Debe haber alguna que quiere matarme.

—Ya te lo decía yo... Y ya lo pensaba antes de invitarte a subir. ¡Los hombres de hoy día te meten en cada lío!

Desde luego, a Fanny no le faltaba sentido del humor.

Clive rodó a toda la velocidad que pudo, aprovechando al máximo los márgenes de las luces rojas. El coche perseguidor fue quedándose atrás, porque no lo conducía un hombre tan hábil, pero no les perdió de vista un solo instante.

Clive llegó a perder idea de su situación. Sólo miraba por el retrovisor hacia el coche que les perseguía y trataba de ganar distancia. Eso era inútil, sin embargo, por que unas veces las luces rojas le favorecían y otras le perjudicaban. Siempre le llevaban una cuadra de ventaja aproximadamente. La estructura simétrica de Manhattan con calles rectas y cruces regulares, sin ningún laberinto, le perjudicaba para despistarse. Para buscar laberintos tenía que internarse en Greenwich Village, pero aún estaba lejos.

De pronto vio ante él las señales que indicaban el Lincoln Túnel, el mayor de los que atraviesan el Hudson por debajo de su cauce. Clive tenía luz verde y la aprovechó. Saldría de Nueva York y así podría despistar a sus perseguidores.

Estos se vieron detenidos por la luz roja ante las taquillas de peaje. El conductor lanzó una maldición.

—No te preocupes, no escapará — dijo el que llevaba la metralleta entre sus piernas —. Aún no hay cruces por aquí cerca.

Se colaron a gran velocidad apenas hubo un resquicio. A lo lejos, al salir, ya fuera del Estado de Nueva York, divisaron el coche de Clive, que les había sacado una considerable delantera.

Pero no lo habían perdido de vista, y eso era lo importante. Aceleraron todo lo que su bólido les permitía.

Clive hizo lo propio. Ambos habían sobrepasado con mucho el límite de las sesenta millas, máxima velocidad permitida en la zona. Bruscamente Clive giró a su derecha, buscando salir de la autopista

y dirigirse a una carretera secundaria, donde sería más fácil desorientar a sus perseguidores.

La carretera secundaria trepaba por unas colinas muy suaves. Clive no se dio cuenta de que rodaban hacia el sur, atento siempre a desorientar al otro coche.

Tampoco se dio cuenta de que un tercer vehículo los seguía. Un tercer vehículo que rodaba a gran velocidad, pero a una cierta distancia del coche perseguidor.

Clive apretaba el acelerador en las rectas. Sin embargo, se dio cuenta de que los otros ganaban terreno, ahora que la competición se desarrollaba sin obstáculos y en terreno liso.

—¿Es que este cacharro no puede correr más?

—Está en rodaje. Lo compré hace poco.

—Pues entonces no hay escapatoria.

—Oye, Clive.

—¿Qué? ¿Acaso tienes ganas de contarme un chiste?

—¿Por qué nos persiguen esos?

—No lo sé, nena. Y el único modo de averiguarlo que se me ocurre es poner un anuncio en los periódicos, por si alguien sabe la respuesta.

—¡Pero tú eres un buen tirador...! Lo demostraste cuando ocurrió lo de James Gavin. ¿Por qué no disparas ahora?

—Si tuviese revólver lo haría, nena.

Ella se derrumbó.

Por lo visto, hasta entonces había tenido una especie de fe infalible en el revólver de Clive Murdock, pero ahora se daba cuenta de que este no tenía para defenderse más que sus manos y un coche en rodaje, al que no se podía sacar velocidad. Lo que le había parecido una hermosa y excitante aventura se transformó al fin para ella en una cacería macabra al fin de la cual sólo les aguardaba la muerte.

—Clive... ¡Van a atraparnos!

—Lo sé, preciosidad.

—Tienes que esconderte en algún sitio.

—¿Dónde? Aquí no hay ni alcantarillado. Como no nos subamos a un árbol.

En aquel momento ocurrió lo peor que podía ocurrirles, fuera de un pinchazo. Conducido a más velocidad de la conveniente, el

coche nuevo empezó a fallar. Algunas falsas explosiones indicaron que el carburador quizá se estaba anegando.

La velocidad disminuyó rápida y sensiblemente.

Clive intentó poner una velocidad más corta, para reanimar al coche y acelerarlo luego, pero fue inútil.

Sus perseguidores se aproximaban por segundos.

Ya estaban, prácticamente, allí.

Clive paró y miró a la chica.

—Echa a correr hacia la espesura, Fanny. Ellos vienen a por mí. No se molestarán en perseguirte.

Ella estaba realmente asustada. Saltó por la puerta derecha y trató de correr hacia la espesura, como Clive le había indicado, pero le ocurrió un desastre muy femenino. Uno de sus altísimos tacones se rompió, y ella, con un grito, cayó a tierra.

Nadie más pasaba por allí. Nadie que pudiera salvarles. Estaban atrapados del todo.

El otro coche se había detenido.

Los dos individuos que no conducían bajaron primero. Lo hicieron con tranquilidad, con esa especie de calma insultante de los que tienen segura su presa.

Parecía que fuesen a realizar una ejecución.

El chófer, aunque no iba armado, también descendió para ver bien aquello. Los otros dos sacaron una metralleta y un revólver respectivamente.

—Sólo con un arma ya hay bastante — gruñó Clive —. ¿Para qué tanta exhibición de artillería?

—Queremos asegurarnos, muchacho.

Fanny gemía, tendida a un lado de la carretera.

—La chica nada tiene que ver conmigo —masculló Clive.

—¿No?

—Es la segunda vez que la veo.

—Una conquista, ¿eh?

—A ella dejadla en paz. No tiene absolutamente nada que ver con mis asuntos.

—Cuando una cosa de estas se empieza ya no se puede dejar en paz a nadie, muchacho —dijo el de la metralleta—. Lo siento, pero ella también juega, y también ha perdido.

—¡Hijo de zorra!

Clive hizo ademán de lanzarse contra sus enemigos, pero comprendió que era inútil. Se habían situado a mucha distancia. Antes de que llegara a mitad de camino, ya le habrían cosido a balazos cien veces.

—¿Prefieres morir de espaldas? —preguntó riendo uno de los desconocidos—. Si quieres te hacemos ese favor.

Tenía cara de chulo fino. Sus maneras elegantes eran las de un señorito de vía estrecha.

—Prefiero morir escupiendo a vuestras sucias caras.

—Tú elijes... —el de la metralleta la puso en línea de tiro—. Tú, John, encárgate de la chica.

John era el chulo del revólver.

—Con mucho gusto. Nunca he liquidado a una chica tan fina...

Corrió hacia Fanny, que gimoteaba aún al borde de la carretera, sujetándose su tobillo dolorido. Clive Murdock le dirigió una mirada de compasión.

Quizá era la primera vez que miraba con compasión a una chica como aquella.

Fue en ese momento cuando oyeron un chirrido de frenos a muy poca distancia.

Todos se volvieron a la vez.

El tercer coche, aquel en cuya existencia no habían reparado aún, acababa de detenerse. Lo conducía una mujer.

Clive creyó reconocerla, pero no tuvo demasiado tiempo para confirmar aquella primera impresión.

De pronto ella bajó del coche. Llevaba ya una metralleta bajo el brazo derecho.

Los otros tres tipos aún no habían salido de su asombro.

Intentaron moverse, pero ella no les dejó. Hizo girar su metralleta en abanico, mientras apretaba el gatillo.

Fue una verdadera ejecución. Fue una ejecución rápida, cruel y casi traicionera, pero extraordinariamente perfecta.

Antes de tres segundos, los tres hombres habían ya muerto.

Los chorros de balas les rompieron materialmente los cuerpos por debajo de sus cinturas. Hicieron extrañas piruetas y soltaron sus armas en el momento de caer. Uno de ellos, el del revólver, quedó convertido en una masa sangrienta, porque al doblar el cuerpo tropezó con una nueva ráfaga.

Clive estaba materialmente petrificado.

Que una mujer bonita matara así, era algo que aún no había visto nunca.

Luego, la mujer dejó de disparar. Se hizo un espantoso, un implacable silencio.

Un silencio que, sin que Clive pudiera evitarlo, le heló la sangre en las venas.

CAPITULO VIII

La mujer ofrecía rudos contrastes. Por un lado tenía unas piernas magníficas, unas caderas de danzarina oriental, un busto de modelo y una sonrisa cautivadora. Toda ella era un cromó. Pero por otro lado aún sostenía entre sus brazos aquella metralleta humeante con la que acababa de dar el pasaporte a tres hombres.

Clive seguía recordándola y seguía sin saber exactamente de qué.

¡Habían habido tantas mujeres en su vida!

De todos modos a esta tenía que darle las gracias. Esta se había portado bien.

Se acercó pausadamente.

—Creo que me ha salvado usted la vida, señorita...

—Katy. Me llamo Katy.

—Creo que nunca me ha alegrado tanto ver una metralleta como ahora.

—¿De verdad?

—Sí, eso es. Pero oiga... ¿No nos conocemos?

—¡Claro!

Ella seguía sonriendo. Sonriendo deliciosamente.

—¿Y cuándo nos hemos visto?

—Adivínelo.

—¿En Nueva York?

—Frío, frío.

—¿En Washington?

—Caliente, caliente...

Clive Murdock tembló. De pronto todo se hizo claro para él. De repente sus recuerdos brotaron de un modo casi mágico.

¡Aquella era la chica del coche de Washington, la que había intentado apiolarle ya una vez!

¡Y ahora él estaba quietecito delante de ella!

¡Y ella tenía una metralleta!

Clive sintió que el mundo entero daba vueltas en torno suyo. Lo único que se le ocurrió decir fue:

—¡Huye, Fanny! ¡Huye!

—No temas —rió Katy—. Contra ella no va nada. Todo mi cariño es para ti, Clive Murdock. Toma.

Y le envió la primera ráfaga.

CAPITULO IX

Imaginar que Clive iba a estarse quieto en una situación así, era no conocerlo. Precisamente al ver una mujer guapa siempre tenía deseos de moverse.

Antes de que ella disparara, justo cuando su dedo se cerró sobre el gatillo. Clive ya se había lanzado a tierra.

La ráfaga pasó alta, arañando los troncos de los árboles que estaban al otro lado de la carretera. Naturalmente Katy bajó el arma enseguida, para enviar un nuevo regalo.

Pero Clive ya no estaba allí.

Había dado un salto de auténtica fiera, cayendo sobre la muchacha. No rodaron por el suelo porque ella chocó de espaldas contra el automóvil que la había traído hasta allí. Los dos quedaron muy apretados contra el coche, en una posición que todo el mundo querría aprender en seguida si la exigieran para obtener el permiso de conducir.

La metralleta saltó por los aires.

Katy se revolió un momento entre sus brazos, desesperada, frenética, pero aquellos brazos eran como dos cables de acero. La estrechaban, la aprisionaban. Katy supo que dentro de un momento no le dejarían ni respirar.

—Ahora vas a soltar todo lo que sepas, muñeca...

—¡Suéltame! ¡Suéltame, perro!

—Antes canta una canción. Canta todo lo que sabes.

—Yo no conocía a esos hombres...

—¿No, eh?

Hizo más fuerte la presión. Los labios de la mujer — unos labios anhelantes y entreabiertos— estaban junto a los suyos.

Clive Murdock no pudo resistir la tentación y los besó un solo segundo, pero nunca debió haberlo hecho.

De pronto sintió como si el mundo entero diese vueltas en torno suyo. Como si viese mil estrellas, pero, cosa extraña, por la parte posterior de su cabeza.

Algo pareció estallar en su interior.

Y cayó de bruces, arrastrando a Katy en su caída, mientras un último pensamiento le advertía que solamente Fanny pudo haberle atizado. Y seguro que había empleado la culata de la metralleta.

Su última idea, antes de perder el sentido, fue:

—Diablo, no sé qué pasa. Parece que con las mujeres no doy ni una esta temporada...

Luego quedó tieso.

CAPITULO X

Fanny, que era, efectivamente, la que le había atizado, puso inmediatamente la metralleta en línea de tiro, mientras clavaba sus ojos en los de la enigmática Katy.

Los ojos de ésta también estaban clavados en ella.

Como los de una tigresa.

Fanny susurró:

—Vuelva a su coche. Y no intente nada porque estaré apuntándola hasta que se aleje. Usted debe saber mejor que yo los efectos que produce esta metralleta.

—¿Por qué ha golpeado a Clive? El ya me tenía dominada.

—Porque me fastidió ver que besa a otras. ¿Le parece motivo suficiente?

—Pensando como lo haría una mujer elemental, sí.

Dio media vuelta, sin intentar ningún movimiento de ataque. Demasiado sabía que la metralleta estaba montada y a punto de dispararse con una leve presión del gatillo. No quería comprobar si funcionaba o no.

Se introdujo en su coche. Había un revólver en la guantera, pero no quiso probar fortuna.

Fanny seguía apuntándola con la metralleta, simulando un gran dominio de sí misma. Pero en realidad el nerviosismo la devoraba. Cuando el vehículo hubo desaparecido miró confundida en torno suyo, como si deseara encontrar un refugio, como si quisiera que se la tragase la tierra.

Miró los tres cadáveres.

En cualquier momento podía pasar alguien por la carretera y descubrirla a ella allí. Notó el peso de la metralleta y la arrojó como si quemase.

Luego subió al coche de Clive. No quiso esperar a que éste recobrara el conocimiento. Lo que había de hacer lo haría sola.

Conocía una dirección cercana a Filadelfia.

Una dirección a la que llegaban muchas cartas, parte de las cuales eran contestadas.

Podía ser una impresión falsa, podía no haber allí el más pequeño misterio. Al fin y al cabo, casi todas las revistas tenían una sección de consultorio.

Pero ella deseaba comprobarlo.

Consultó el mapa de carreteras que iba en el coche, en la guantera, y eligió una serie de rutas secundarias. Por allí tenía grandes posibilidades de llegar a su destino sin que la policía la detuviese.

Luego se puso en marcha.

CAPITULO XI

Clive, a pesar de que el golpe que le habían dado era de los que desnucan a un buey, no estuvo sin sentido demasiado tiempo. El ruido producido por dos coches al arrancar bruscamente llegó con nitidez a su cerebro. La sensación de peligro, de alerta, hizo que todos sus sentidos se recobraran.

Cabeceó pesadamente, mientras miraba en torno suyo. Se dio cuenta de que estaba de bruces sobre la cinta de la carretera. A lo lejos distinguió un coche que se alejaba, y le pareció que la que lo ocupaba era Fanny.

No se veía a nadie más, excepto a los tres fiambres tendidos sobre el asfalto.

Eran peor que una acusación. Si le encontraban con ellos, el problema iba a ser de los que no se resuelven en un año. Por lo menos le detendrían y le mantendrían incomunicado durante cuarenta y ocho horas, con lo que todas las pistas se esfumarían como el humo.

No perdió tiempo.

Aunque la cabeza le daba vueltas, se acercó a los tres cuerpos y los arrastró uno tras otro hasta ocultarlos en la espesura. Aunque en la carretera había manchas de sangre, no era fácil que un automovilista lanzado a buena velocidad llegara a notarlas.

Esperó, confiado en que no se presentaría de momento ningún coche patrullero.

Tuvo suerte.

Tras unos diez minutos de espera y, cuando ya empezaba a darlo todo por perdido, un coche pequeño, un verdadero bólido, apareció sobre la pista de asfalto.

Era un "Triumph" inglés de dos plazas, y lo tripulaba un tipo de unos treinta años, elegante como un maniquí, con camisa a rayas verticales, gorra blanca y guantes inmaculados.

Paró al ver la señal de auto-stop que le hacía Clive.

Pero inmediatamente, cuando él iba a subir, lanzó una carcajada y arrancó de nuevo.

Una broma demasiado macabra para que la aguantase Clive, que además necesitaba a toda costa un coche rápido.

Antes de que el tipo de la gorra se diese cuenta, Clive había saltado sobre la parte posterior del bólido. Como éste iba provisto de portaequipajes metálico, pudo sujetarse bien. La hábil finta en zig-zag del conductor, para arrojarle de su descapotable, no tuvo éxito.

Clive tendió el brazo derecho y le sujetó por el cuello.

El otro frenó. Sus ojos estaban desorbitados.

—¿Qué..., qué quiere?

—Necesito su coche, hermanito.

Lo sacó de allí de un solo tirón.

—Pero esto es un atraco...

—Se equivoca, amigo. Es un tortazo.

De un gancho lo envió por tierra. El otro quedó "groggy" y con los brazos en cruz, pero con la gorra todavía puesta.

Clive Murdock tomó los mandos del "Triumph" y voló materialmente por la carretera. Si había en la ruta algún patrullero oculto, lo pasaría mal. Pero necesitaba correr ese riesgo.

Media hora después le pareció ver a lo lejos el coche de Fanny. Iba en dirección a Filadelfia.

Clive aceleró un poco más, para reducir la distancia, y en aquel momento, en una curva, volvió a perderla de vista.

* * *

Detrás de la curva había dos caminos, además de la carretera que seguía su curso. Fanny vaciló un momento, no sabiendo en el primer instante cuál de ellos tomar.

Se decidió al fin por el de la izquierda.

Puso primera, embragó y tomó a gran velocidad la nueva y empinada pista. Esta serpenteaba entre centenares de chopos, que daban al ambiente una fuerte sensación de humedad.

Dos millas más arriba volvió a tomar otro camino a la izquierda. Se guiaba sólo por las indicaciones y por lo que conocía de aquella región. Tardó media hora más en llegar a la casa.

Esta se encontraba aislada en el centro de un bosquecillo. Había en ella una piscina silenciosa y tétrica, de aguas ya casi verdes. Había también muchas ventanas silenciosas y cerradas, como si la

casa no hubiera sido ocupada en largo tiempo. Una inquietante sensación de abandono, de soledad, se desprendía de todo aquel ambiente.

La muchacha avanzó hasta el borde de la piscina, siguiendo el caminito que la llevaría hasta la puerta de la casa.

El silencio la abrumaba. Era un silencio que parecía desprenderse de los árboles, que parecía surgir misteriosamente del fondo de las aguas quietas. Ni un leve soplo de viento movía las hojas. Era como si de pronto hubiese atravesado las fronteras de un mundo irreal, un mundo donde sólo imperaba la muerte.

La figura surgió de entre los árboles. Era una figura alta y rígida. Se movía mecánicamente, como si un juego de resortes la impulsara por dentro.

Fanny miró a los ojos del hombre. A través de la distancia sentía el frío de su mirada. Sus pasos quedos hacían crujir levemente, una a una, las ramitas secas.

Era el hombre a quien ella no había visto nunca aún. El que recibía las cartas y contestaba algunas de ellas.

Fanny sintió el miedo como una cosa física. Lo sintió como algo que trepaba poco a poco por su columna vertebral, hasta llegar a su nuca. Un impulso irreprímible de huir se apoderó de ella.

Nada más fácil. El hombre estaba aún a una respetable distancia. No lograría alcanzarla.

Ahora Fanny se daba cuenta de que hacía cometido un error al llegar allí. El miedo, un miedo irreprímible, estaba en su garganta.

Fue a dar media vuelta.

Y no pudo.

Fue a echar a correr en dirección al bosquecillo, tendiendo los brazos para darse mayor impulso.

¡Y no pudo!

Trató de gritar. Trató de que su boca proclamara toda la angustia, toda la desesperación de aquel fenómeno inexplicable.

¡Y tampoco pudo gritar!

Se daba cuenta de todo, se daba cuenta de que el hombre avanzaba hacia ella, de que ella quería huir y sus músculos no le obedecían.

Se daba cuenta de todo... ¡pero era como si su cuerpo hubiese muerto!

¡Como si estuviera muerta en pie!

De sus ojos para abajo no sentía nada, absolutamente nada. Todo su cuerpo conservaba la misma posición en que se hallaba cuando se acercó el hombre. Ni siquiera un dedo podía mover.

La mente clara de Fanny se daba cuenta de que aquello no era hipnotismo. No podía serlo, porque el hombre estaba a mucha distancia aún y además apenas se habían mirado. No; era algo más grave y mucho más terrible: ¡Era algo como la misma muerte!

El hombre se aproximaba más y más. En sus labios flotaba una sonrisa indefinible.

Fanny hizo un nuevo esfuerzo supremo, desesperado, terrible, para intentar huir de allí.

Ni un músculo de su cuerpo se movió.

Nada.

El hombre estaba ya junto a ella.

Tenía una mano fina, suave, con la cual acarició su rostro, un rostro que Fanny no podía mover.

Era como una estatua.

La mano se deslizó por su busto, siguió hasta las caderas y descendió suavemente por la línea mórbida de una de las piernas.

—Eres tan bonita, tan joven... Lástima que tenga que morir una muchacha tan seductora...

Fanny intentó parpadear, intentó gritar, pero se dio cuenta de que ninguna de esas dos cosas tan sencillas había ocurrido.

¿Morir?

¿Por qué iban a matarla?

¿Por qué no podía moverse, por qué no podía saltar hacia el bosque, que estaba tan cerca?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Su cerebro era un volcán donde las ansias de vivir parecían agarrotadas por el propio miedo a la muerte.

Fanny se daba cuenta de que su boca estaba abierta, pero de ella no brotaba una voz, un grito, un aliento.

Respiraba difícilmente.

En sus pulmones entraba el aire justo, imprescindible, para no morir. Los músculos de movimiento involuntario funcionaban, aunque con dificultad; no así los que requieren un mandato de la voluntad. Esos estaban completamente muertos, como si los

hubieran aniquilado.

El hombre le puso la mano en la espalda.

—Lástima... — susurró otra vez —. Lástima...

La empujó suavemente y la hizo caer a las aguas verdes y siniestras de la piscina.

Fue como si hiciera caer una estatua.

Fanny no produjo ni un chapoteo; su cuerpo no tuvo ninguna reacción. Tras flotar unos segundos, terminó hundiéndose suavemente.

Las aguas oscuras impedían ver su cuerpo en el fondo.

Impedían también ver los dos esqueletos ya completamente lisos y sin un átomo de carne que reposaban en el fondo.

Silenciosos peces, ágiles como flechas, se movieron entre las turbias aguas.

Fanny llegó a verlos. Hubiera gritado de horror caso de poder hacerlo. Se daba cuenta, por sus bocas grandes y sus dientes poderosos, de que eran pirañas los mortíferos peces del Amazonas, que en pocos minutos devoran un cuerpo humano hasta dejar estrictamente los huesos.

Intentó revolverse, pero le fue imposible.

Sus músculos seguían quietos, rígidos, muertos.

No podía ni siquiera tragar agua. Sólo sentía que se asfixiaba, que se dilataban sus ojos, que avanzaba hacia ella la mano implacable de la muerte.

Los peces la rodeaban por todas partes. Eran al menos veinte, todos voraces y rápidos, como lenguas de fuego. Atacaron todos a la vez, disputándose su succulenta presa.

Fanny, afortunadamente, ya no sintió sus terribles mordeduras, ya no se dio cuenta de que todo su cuerpo se deshacía entre las bocas de aquellas voraces bestias.

Su corazón se había paralizado.

Sus ojos desorbitados miraban hacia la superficie, donde se reflejaba un tímido rectángulo de luz.

Allí estaban el sol, la libertad, la vida. Todo lo que ya no era para ella.

Las terribles pirañas se abatieron sobre su rostro. Una efervescencia viscosa, cruel, interminable, se produjo en las verdes aguas.

Desde el borde de la piscina, el hombre susurró:

—El agua parece hervir. ¿Te das cuenta? Esos peces son como terribles máquinas trituradoras.

La mujer, a su lado, sonrió secamente, mientras brillaban sus ojos de tigresa.

—Deberías poner una valla. Sería terrible caer ahí.

—¿Por qué? Tú y yo sabemos que hay que tener cuidado

Puso una mano sobre la cintura de la mujer, la atrajo hacía sí y la besó en la boca.

Katy correspondió al beso sabiamente, felinamente, pegándose a él.

A pocos pasos, las aguas de la piscina seguían agitadas por el hervidero de la muerte.

Al fin los dos se alejaron del borde del agua. El hombre susurró:

—Ahora explícame todo lo que ha ocurrido.

—Es sencillo —dijo Katy—. Tú habías dado orden a Mac, a Joe y a Torres para que eliminaran a Clive Murdock. Ese hombre estaba resultando ya demasiado peligroso por su empeño en seguir el caso, a pesar de la prohibición que se le hizo. Pero no tuvieron en cuenta los muy imbéciles, que Fanny iba con él. Y Fanny te interesaba viva.

—Es cierto.

—Cuando lograron aislarlos a los dos en una carretera, no lejos de aquí, se dispusieron a eliminarlos. Yo, que vigilaba la marcha de la operación, surgí entonces. No tuve inconveniente en liquidarles a los tres. Eran estúpidos, eran unos cabezas estrechas que sólo servían para matar, no para pensar. Y además empezaban ya a exigir demasiado. Tarde o temprano hubieran sido un compromiso para nosotros.

El hombre no se inmutó.

Tres hombres tendidos en una carretera, tres cuerpos cosidos a balazos eran para él algo que no tenía demasiada importancia. Un accidente normal, un simple tropiezo en el largo camino que había decidido emprender.

—Quizá hayas hecho bien —musitó—. Luego, supongo, acabarías con Clive Murdock.

—No pude.

El hombre cerró los puños instintivamente.

—¿Que... no pudiste?

—No, no me fue posible. Logró inmovilizarme cuando yo iba a tirar. Es más peligroso de lo que suponíamos.

—Ese maldito...

Los dientes del hombre habían rechinado. Katy le tranquilizó con un mimoso gesto.

—No debes pensar más en él. Habrá cien ocasiones para eliminarle, porque el muy estúpido es de los que se arriesgan. Mientras tanto piensa en que todo ha salido mejor de lo que suponías, en que tus esperanzas se han visto colmadas. Las tres experiencias han sido un éxito.

El hombre encendió un cigarrillo. Ya parecía haber olvidado por completo la piscina que estaba tras él. Las víctimas que reposaban bajo las verdes aguas parecían ya formar parte de otro mundo.

—Sí —dijo con voz lenta—, han sido un éxito. Cuando hace un año aquel espía me envió unos documentos secretos con la única condición de que yo le ayudara a salir del país, no creí que lo que me proporcionaba fuese tan importante. Cuando comprobé lo que se ocultaba tras aquellas fórmulas, decidí dar una cita al espía y eliminarlo yo mismo. El desgraciado confiaba en mí, creía que yo iba a sacarlo de los Estados Unidos. Entonces decidí fabricar yo mismo aquel gas paralizante. Con los datos que poseía, un aficionado podía lograrlo, aunque aún con ciertas imperfecciones. ¡Nada menos que un gas paralizante más terrible que las bombas nucleares! ¡Una sustancia inodora que producía la paralización instantánea de los centros nerviosos! ¡Algo que podía aniquilar ejércitos y ciudades enteras! Pero no era como los gases de que se ha hablado ya, los cuales "infectan" materialmente el terreno durante meses, de modo que no puede ser ocupado. No. Este era de efectos instantáneos. Cabía en una bolita del tamaño de una bola de alcanfor y cualquiera podía acercarse un par de minutos después a la víctima sin temor de ser afectado a su vez.

Dio una larga chupada a su cigarrillo, mientras miraba a Katy, recreándose en la explicación de sus propios éxitos.

—Naturalmente había que experimentarlo —continuó — y no podía hacerlo con cualquier persona. Por lo pronto parecía que el gas sólo sería eficaz en lugares cerrados y con personas jóvenes, de

débil resistencia nerviosa. Aprovechando mi cargo de consejero de "Los espíritus y nosotros", releí cartas de lectores que tuvieron esas características. Elegí dos de ellas cuidadosamente. Contesté, me enteré discretamente de sus costumbres, de su modo de vida. El primer golpe fue un éxito. Ni siquiera me costó trabajo traer a la pequeña aquí y arrojarla a la piscina, una vez me hube convencido de que nada más podía obtener de ella.

Katy susurró:

—Pero luego intervino ese condenado Murdock...

—Sí, intervino él, aunque en ese momento aún no lo sospechaba. Simplemente Ramsay le llamó para largarle una reprimenda por el asunto de James Gavin, y nosotros creíamos que quería encargarle la búsqueda de la niña desaparecida, ya que Ramsay personalmente se había encargado del caso días antes. Te dije que lo eliminaras a ser posible. Clive Murdock era un tipo demasiado peligroso... Desgraciadamente allí cometimos un error. Ni él tenía que encargarse del asunto ni pudiste matarlo. Luego ocurrió lo del entierro de Johnny Diccenta.

Arrojó el cigarrillo y encendió otro inmediatamente.

—Yo no sabía bien cómo hacer desaparecer el cuerpo del muchacho con quien habíamos experimentado en segundo lugar —continuó—. La policía vigilaba las carreteras a raíz de su desaparición, y me era muy difícil transportarlo hasta aquí. Lo deposité entonces en el templo anabaptista, uno de cuyos vigilantes, Percy, como tú sabes, me auxilia en este trabajo. Pero ¿cómo sacar el cadáver de allí? Se me ocurrió entonces lo de Johnny Diccenta. Este iba a ser ejecutado, y en otro tiempo frecuentó los anabaptistas de Harlem. Percy se vistió como si fuera un religioso de la secta, le visitó y se ofreció para hacerse cargo de su cadáver después de que lo asaran en la silla. Johnny firmó una autorización sin acordarse de que había pedido algo semejante a su amigo Clive Murdock. En sus circunstancias, era natural aquella confusión. Entonces, después de la ejecución, Percy y los imbéciles a los que tú has eliminado se presentaron a hacerse cargo del cuerpo. Percy, siempre disfrazado, infundía confianza. Pero Clive se hizo el pegajoso. Quería mantenerse fiel a su amigo hasta el fin, el muy imbécil. Debió notar que sacábamos dos cuerpos en el ataúd, porque inmediatamente se preocupó de obtener una orden para la exhumación. Ahí pudo

descubrirse todo, pero tuvimos suerte.

Katy sonrió.

—Sí. Reconozco que fuimos afortunados. Intervino Elisa...

—Elisa Farwell era la novia de Johnny Diccenta—recapituló el hombre—. Johnny fue a la silla no con el uniforme penitenciario, sino con su traje civil, como es lógico. Ni al guardarlo en Sing-Sing ni al devolvérselo poco antes de la ejecución, notaron los guardianes que en el borde del pantalón había cosidos, por la parte interior, doce brillantes. Eran producto del último robo de Johnny y valían una fortuna. Pero como no podía dárselos a Elisa, rogó a ésta que descosiera los bajos del pantalón una vez él estuviese muerto. Eso se lo pidió en su última entrevista, poco antes de la ejecución. Ella fue a la Morgue creyendo que le sería fácil, pero no pudo conseguirlo. Entonces, y la chica demostró tener valor, penetró una noche en el cementerio de Harlem y alzó la lápida por medio de una palanca. Su sorpresa debió ser mayúscula al ver dos cuerpos en lugar de uno. Pero nosotros vigilábamos el lugar y la cazamos, llevándola al templo anabaptista. Lógicamente iba a ser eliminada, pero intervino Murdock una noche después. ¡Siempre ese maldito de Clive Murdock! Ella, que tenía muchísimo interés en escapar después de lo que había hecho, intentó liquidarle. Tampoco lo consiguió. Muchas mujeres quieren matar a ese tipo, pero ninguna lo logra... De todos modos ganamos un tiempo precioso. Como la policía ya no vigilaba las carreteras, trajimos aquí el cuerpo del muchacho y lo hicimos desaparecer. Luego trituramos los huesos, reduciéndolos a polvo. Incluso los de Fanny. Ella ha tenido el honor de ser la primera mujer inmovilizada por el gas en campo libre... Ahora sé que puedo intentar el lanzamiento de una carga mayor en pleno corazón de Manhattan. ¿Imaginas lo que ocurrirá cuando más de cuatro millones de personas queden inmovilizadas? ¿Y lo que cualquier potencia nos dará por ese diabólico invento?

—Yo haría cosas menos espectaculares —sugirió Katy—. Por ejemplo asaltar un Banco o una joyería. ¡Con ese gas es sencillísimo!...

El hombre sonrió. No era mala idea.

—Podríamos intentarlo —susurró—. Se me ocurre que la próxima vez...

Una voz dijo suavemente, en aquel momento:

—No habrá próxima vez, senador Stewart. Nunca hay próxima vez para los muertos...

* * *

Los dos, el hombre y la mujer se volvieron rapidísimamente. Al principio no vieron a nadie.

Katy sacó una pistola achatada de su bolso, sin embargo, mientras Stewart, el hombre que en la clínica ya había amenazado a Clive para que no siguiera con aquel caso, extraía una bolita blanca de uno de sus bolsillos.

No llegó a lanzarla.

Un bulto humano, un hombre que tenía la agilidad de un simio, saltó desde la copa de uno de los árboles próximos a la piscina. Stewart recibió un terrible gancho y cayó hacia atrás, soltando la bolita. Esta se rompió al instante junto a su cabeza.

Clive Murdock, que había perdido casi el equilibrio al conectar el golpe, vaciló al borde de la piscina. Vio las pirañas, ya hambrientas otra vez, surcar su superficie como flechas venenosas. ¡Pero tenía que moverse de allí porque de lo contrario también inhalaría el gas!

Saltó mientras Katy disparaba, buscando su cuerpo. Durante unos segundos voló materialmente de un lado a otro de la piscina... ¡y no llegó!

Estruendosamente cayó al agua, mientras Katy lanzaba un grito de júbilo salvaje.

Clive vio las pirañas volar hacia él. No había llegado a tiempo de ver la muerte de Fanny, pero imaginaba lo sucedido. Aquellos peces diabólicos eran toda una prueba. Nadó con violencia salvaje hasta el borde, mientras cien flechas veloces parecían volar hacia él.

Chapoteó mientras nadaba. Hizo terribles remolinos con los pies. Confiaba en que eso asustaría a los peces durante algunos segundos.

Sin embargo nunca hubiera alcanzado vivo la orilla. No la hubiese alcanzado de no hacer Katy lo que hizo.

El senador Stewart había aspirado el gas de la bolita rota junto a su cabeza. Estaba inmovilizado en el suelo. Se daba cuenta de todo, veía a Clive saltar, veía a Katy, pero no podía moverse... ¡no podía!

¡Era como si lo hubieran enterrado en un ataúd de cristal!
¡Como si él pidiera desesperadamente auxilio, mientras todos lo

creían muerto!

La sonrisa diabólica de Katy le hizo comprender lo que sucedería.

Vio sus esculturales piernas avanzar hacia él. Vio sus ojos de tigresa. Vio también su sonrisa de hiena.

—Ahora no te necesito, cariño... —dijo ella suavemente—. Ahora puedo seguir sola...

Todos los nervios de Stewart se tensaron en un inútil y terrible esfuerzo. Eran como cables rotos. Quiso chillar y no pudo. Quiso insultar a Katy, quiso llamarla perra, arpía, zorra... Nada. Su rostro crispado permaneció impassible. Sus músculos no se movieron cuando ella le empujó suavemente al borde de la piscina.

Después de haber visto caer a Clive, Katy creía que éste ya estaba listo. No había que preocuparse por él.

Stewart notó cómo caía al agua. El horror de lo que había vivido Fanny poco antes lo vivía ahora él. Sus ojos estaban desorbitados mientras su garganta gritaba estérilmente, con un aullido que nadie oía: ¡No! ¡No! ¡No!

Inútil.

Las pirañas volaban hacia él. El estaba quieto y era una presa más fácil. Katy no se dio cuenta de que arrojando aquel nuevo cuerpo había contribuido a salvar a Clive Murdock.

El senador Stewart no tuvo la suerte de Fanny; no murió al llegar al fondo. El sintió en su carne las mordeduras de los peces diabólicos. Sintió que su cuerpo se deshacía. Sintió, sin poder moverse, ni gritar, ni aullar — el último y triste consuelo humano— como todo en él se deshacía, se desintegraba, como una muerte de mil dientes afilados se clavaba en su carne.

Mientras tanto Clive había salido. Como una única arma sostenía en la mano derecha una piraña que había tratado de morderle en la mano izquierda y que él pudo sujetar en el último segundo.

Katy chilló.

Fue a disparar, desde el otro lado de la piscina, pero Clive le arrojó la piraña a la cara.

El terrible pez se clavó en la garganta de Katy, con la fuerza y la viscosidad de una víbora. Ella soltó su pistola, aullando como una loca, mientras intentaba arrancárselo. El diabólico pez, con la angustia de la muerte, seguía su voraz instinto y clavaba los dientes

hasta el fondo. Cuando Katy se lo arrancó, se llevó consigo un pedazo de su propia carne.

Clive Murdock, que había dado la vuelta a la piscina, pisoteó el pez, aplastándolo.

Luego tomó en sus brazos a la exánime Katy. No se preocupó mucho de la posición de su falda.

—Es lo único que me da pena — murmuró —. Lo único que siento es que cuando salgas de la cárcel, dentro de cuarenta años, no tendrás las piernas tan bonitas.

EPILOGO

Elisa, la antigua novia de Johnny Diccenta, aún llevaba luto. Elisa, la antigua novia de Johnny Diccenta, aún tenía aquellas curvas que mareaban. Elisa, la antigua novia de Johnny Diccenta, aún se acordaba de que en el templo anabaptista quiso apiolar a Clive Murdock.

Este le tendió un vaso de whisky, y la acercó hacia sí, medio tendidos los dos en el diván de la casita que Elisa tenía al final de Long Island.

—Sé que me has perdonado —musitó ella—. Estaba tan asustada, deseaba tanto huir... Imagino que no vas a denunciarme ni por el balazo ni porque abriera la tumba del pobrecito Johnny...

—No, no voy a denunciarte. Sobre todo aquello no he dicho una palabra.

—¡Qué bueno eres, Clive! Y yo sé por qué haces todo eso.

—¿Por qué?

—Porque te has enamorado de mí.

Clive la miró por encima del borde de su vaso de whisky. Valía la pena enamorarse eternamente por diez días, diablo. Claro que valía la pena.

—Aún no estoy muy seguro —musitó—. Todas las mujeres que he conocido en este maldito asunto han intentado matarme.

—Yo no, Clive. Yo seré tu palomita tierna.

—¿Y devolverás los brillantes que sacaste a tu pobrecito Johnny?

Ella saltó del diván, dando un ágil brinco. Sus ojos llamearon.

Puso los brazos en jarras.

—¡Ah, de modo que venías por eso, maldito polizonte! ¡De modo que ni hablar de haberte enamorado de mí!

—Mujer, yo...

Cuando Clive vio venir hacia él la botella de whisky, ya era demasiado tarde.

El recipiente estalló en su cabeza y le dejó medio "groggy", sin fuerzas para mover un dedo.

Ella vio sus ojos en blanco y creyó que lo había matado. Se arrojó sobre él.

—¡Mi pobrecito Clive! ¡Pero si yo te quiero más que a Johnny! ¡Si yo no quería hacerte nada!

Clive, que estaba medio muerto, pero no tanto, reaccionó bien pronto.

Deslizó el brazo derecho por la espalda de Elisa y la atrajo hacia sí. Ella lo notó, pero siguió besándole.

Clive pensó:

—"Esto acaba mal. Seguro que Elisa me mata..."

Y es que en cuanto a matar a un hombre, las mujeres como Elisa tienen tres o cuatro trucos que nunca fallan.

FIN

CLIVE MURDOCK
El héroe personalísimo, creado por
SILVER KANE

se convertirá sin duda, en su personaje favorito.
Recuerde que sus aventuras aparecerán
periódicamente y siempre en esta colección.

TITULOS PUBLICADOS:

En Colección SERVICIO SECRETO:

824. — El hombre de Little Rock

834. — Protagonista: Clive

837. — Todas quieren matarme

PROXIMOS TITULOS:

En Colección SERVICIO SECRETO:

841. — La ruta de las esclavas

845. — La casa de las modelos

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

5 pesetas todas las semanas

La revista de la canción

fans...

es fans...tástica



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España